Una última
MADRUGADA

RUTH M. LERGA

Una última noche en Almack's 3

Selecta

Una última madrugada

SERIE

Una última noche en Almack's 3

Ruth M. Lerga

Selecta

A vosotras, las lectoras,
por no cansaros de mí tras un año
tan intenso de publicaciones
Gracias

Prólogo

Queridísima Edith:

Valiente escritora soy que, después de empezar hasta cuatro veces esta carta, soy incapaz de encontrar las palabras para expresarte lo orgullosa que estoy de ti. No es que me alegre que hayas acabado tu primera temporada soltera, te prometo que no es eso. Del mismo modo que a mí no me interesa el matrimonio —ni tampoco a nuestro hermano Richard—, sé que tú sí deseas encontrar un esposo.

De ahí radica la satisfacción de saber que, si no has encontrado al caballero que te haga sentir como papá hace sentir a mamá, hayas optado por esperar. No debe haberte sido fácil rechazar hasta a media docena de caballeros cuando tienes una hermana calificada como solterona y a Richard ignorando cualquier acontecimiento social. Y, sin embargo, te has mantenido firme en tus convicciones y has preferido una segunda temporada a precipitarte.

Porque doy por sentado que no has encontrado a nadie de tu agrado, al hombre que haga que tu corazón lata más deprisa cada vez que lo ves y que te haga preguntarte más sobre esas cosas de las que las damas no debemos hablar ni saber. No concibo la idea de que alguien pudiera no elegirte. Y nada tiene que ver en mi concepción el amor que te profeso ni tampoco tu indescriptible belleza. Es tu alegría, tu humor, tu modestia, tu generosidad… las cualidades que te hacen única.

Poco saben las matronas que te han elevado a beldad de la temporada de lo hermosa que eres por dentro, sin embargo, cualquier caballero medianamente inteligente sabrá apreciarlas con solo cinco minutos de

conversación contigo. Y, si es inteligente de verdad, reconocerá tu fortaleza de carácter, también, y se enamorará perdidamente de ti. Así que, por favor, ¡no te cases con alguien que no sea muy inteligente!

Quedo a la espera de tu respuesta, deseando que me cuentes con más detalle sobre tus impresiones.

Te quiere,
MAY CRAMWELL

Queridísima «lady» May:

Intuyo que sigues escribiendo con asiduidad al primo Alexander, dado que firmas sin el título que, como dama de nacimiento, te corresponde. Y entiendo, por tanto, que sigues siendo incorregible, lo que también a mí me llena de orgullo. ¡Tengo una famosa escritora por hermana que, además, se niega a casarse! Si la alta sociedad no sabe apreciarte, entonces es que no es inteligente.

Y las dos somos exigentes en cuanto a la capacidad mental de quienes nos rodea, ¿o no es cierto?

Me anima mucho que me tengas en tan alta consideración; estos meses he tenido la sensación de que mis mejores cualidades eran mi cabello rubio platino y mis ojos azules. Sí, desde luego que ansío contraer matrimonio, dirigir mi propia casa y crear una familia, pero puedes estar tranquila: te prometo que lo haré con alguien inteligente o no me casaré. ¿De qué podría hablar mi hermana favorita con un caballero que no supiera dónde está su trasero?

Espero que te hayas reído al leerme, es una de tus frases favoritas, después de todo.

Richard ha sido de poca ayuda este año. No puedo negarle el mérito de que, por primera vez, se haya quedado en la capital para la temporada. Nuestro hermano, que prefiere vivir en Londres durante el otoño y el invierno, huye a la finca de papá y mamá en los meses de acontecimientos sociales y, sin embargo, esta primavera y verano ha estado a mi lado en cada baile. ¡Deberías regresar ya, May!, es muy divertido verlo azorado por el asedio de tantas señoritas. Aunque, como te digo, no ha sido demasiado útil, ahuyentando a cada caballero bajo un pretexto u otro, arguyendo que nadie es lo bastante bueno para mí. Empiezo a entender tus renuencias…

En cuanto a que no haya encontrado el amor… Te confiaré un secreto que nadie sabe, ni siquiera los primos Edward o Richard, y eso que mantengo una relación muy cercana con ellos, al tener casi la misma edad.

La cuestión es que creo que me he enamorado. He encontrado a un caballero que, como tú dices, me hace sentir como papá a mamá. Cuando está cerca el estómago se me encoge, y mi corazón se acelera cada vez que escucho su nombre. ¡Por favor, por favor, no le cuentes a nadie sobre esto, sé que mamá se preocuparía y nuestro hermano capaz sería de obligarle a pedirme en matrimonio! Pero me alivia tanto poderlo hablar contigo, aun en la distancia…

Se llama Jared Morrington y es el tercer hijo del conde de Morrington. Su hermano mayor estaba en los salones cuando debutaste. Creo, de hecho, que mostró mucho interés en ti, aunque finalmente se declarase a lady Hortense.

Lord Jared trabaja: posee un periódico semanal para la clase obrera, una publicación científica sobre los estudios que se están realizando en Oxford y Cambridge, una revista de moda femenina, *French Fashion*, que está causando sensación —te envío un par, a ver qué te parecen—, y publica novelas en folletines semanales. He oído rumores en casa sobre que pudiera adquirir las acciones suficientes del *London Gazette* para poder dirigirlo.

Creo que te gustaría mucho y convencida estoy de que también a él le gustarías tú. Sin embargo, yo no le parezco interesante.

Lo sé de buena tinta porque le escuché decírselo a un amigo en los jardines de lady Churchill. Dijo que era un ornamento bien envuelto pero hueco; en realidad, sus palabras exactas fueron «una muñeca preciosa pero sin criterio propio». ¿Te lo puedes creer? Ser mujer es un castigo social, May. Si nos comportamos con modestia y discreción, nos toman por tontas, y si mostramos ser mujeres instruidas, nos huyen. ¡Odio la hipocresía de *le ton*!

Para mi disgusto, y volviendo a lord Jared, he llegado a la conclusión de que debo de amarle mucho cuando sigo suspirando por él y valorando casarme con un hombre que se dedica a los negocios. Eso, claro, si se acercase a mí y pudiera demostrarle que tengo una cabeza que sirve para algo más que para sostener mi larga melena rubia platino.

He pedido a mamá que me deje quedarme en la ciudad para la pequeña temporada. Quizá en un ambiente más íntimo logre llamar su atención y que me pida un baile. ¡Porque ni siquiera una mísera cuadrilla ha tenido a bien solicitarme! ¿Puedes creerlo? Y no, no es un hombre grosero, en los bailes suele sacar a las jóvenes que están sentadas, como de cualquier caballero con honor se esperaría. Así que estuve rechazando bailes con la esperanza de que me sacase a la pista, pero ni así. Imagino que deben de gustarle más las mujeres atractivas que las extremadamente hermosas. ¿Quién te iba a decir a ti que yo renegaría de mi belleza?

La otra opción es que regrese a mí el sentido común, dado que no es inteligente que pretenda atraer a un hombre que me desprecia sin conocerme y que es tan rudo como para ignorarme en los salones.

Tengo que dejarte, esta noche vienen los tíos a cenar. Prometo escribirte pronto con más noticias. Gracias por guardar mis secretos.

Acepto cualquier sugerencia que puedas hacerme al respecto, tú que sabes más que yo de las relaciones humanas.

Te quiere,
EDITH

Capítulo 1

Londres, primeros de octubre de 1848

Lady Edith Cramwell estaba en la salita de la casa de sus padres en Grosvenor Street, deseando que se declarase un incendio en el pequeño cuarto para poder huir. Sus primos Richard y Edward Illingsworth la acompañaban desde hacía más de una hora y media. Christopher Saint-Jones había pasado a saludarla al entrar con los otros, como si hubieran acordado la hora de llegada, pero tenía mayor afinidad con su hermano Richard, pues eran de la misma edad, y se había encerrado con él en el estudio, para unirse más tarde al resto y comer todos juntos.

Ninguno de ellos era conocido en la familia por su circunspección o diplomacia, lo que la estaba desesperando.

—No entiendo que sigas aquí, Edith —le decía Edward con la voz cargada de cariño—. La pequeña temporada es para damas en su tercer o cuarto año y para señoritas cuyos padres han alquilado su finca familiar porque no pueden mantenerla. Tú deberías estar en Durham.

—Y Richard y tú deberíais estar ya en Cambridge y aquí seguís —le devolvió la regañina—. Me parece increíble que el rector de la facultad os haya autorizado una licencia hasta diciembre.

—Aprenderé menos latín —brindó al aire Richard con insolencia, haciendo reír a los demás.

—¿Quieres que me encierre en el norte, tanto que en menos de dos horas estoy en Escocia, en lugar de quedarme aquí y disfrutar de mi primer año en la

ciudad? Eres egoísta. No, déjame corregir, Ed, lo que ocurre es que tú das por sentado que puedes venir a Londres cuando desees, siendo hombre y viviendo tus padres, además, a menos de una hora a caballo de la capital.

—¿Qué les ha ocurrido a tus hermanas, Bensters —inquirió Kit[1]— para que pretendan tener los mismos privilegios que nosotros?

—Es culpa de mis padres —respondió el conde, sarcástico—: les dieron una buena educación.

Rieron todos.

—Ahora en serio —dijo Edith, más tranquila—. No me quedo a buscar esposo, pero mi madre se ha ido a Boston a visitar a May, convencida como estaba de que yo estaría ahora de viaje de novios por Europa, y papá está muy liado en el Parlamento, el asunto de Irlanda se está complicando y, como no cambie la situación de forma drástica, se avecina una hambruna allí, así que he preferido quedarme con mi padre a estar en Durham yo sola.

—Ejem, ejem —tosió sin necesidad ni disimulo su hermano—. Yo también vivo aquí, Edith.

—Tú —lo señaló con descaro, para que su dedo acusador se dirigiera después a la figura de Kit— y tú deberíais estar en Italia, no aquí.

Habían acabado sus estudios ese verano y hacía más de un año que planeaban un largo viaje por el continente que, quién sabía, quizá abarcase también el Imperio otomano e India.

—Hace demasiado frío todavía para irse a Italia —dijo el menor de los Saint-Jones.

—Claro, porque en Londres hace un sol de justicia —se burló de su pobre excusa Richard Illingsworth.

Ese día, además, el clima le daba la razón: ventoso y de cielo plomizo.

—No os soporto —dijo ella, soltando la servilleta—. Necesito estar sola.

—Es curioso que se haga la ofendida después de haberse comido el postre —dejó caer Edward, a nadie en concreto.

—Mi hermana jamás perdonaría una mousse de chocolate.

—¡Aah! —gritó—. Sois insoportables. Creo que me voy a ir al parque a pasear.

—Es temprano —le advirtió Bensters—. No habrá nadie.

—Tanto mejor —le espetó—. Como os he dicho, no quiero compañía.

Edward, amable, se puso en pie.

—Te acompañaré.

Lo miró como si tuviera tres cabezas; ninguna de ellas con un cerebro dentro.

—No puedes venir conmigo, seríamos un hombre y una mujer caminando a

solas en Hyde Park.

—Soy tu primo, Edith.

—No lo eres. —Tal y como las palabras brotaron de su garganta, le dolieron también a ella—. Nos consideramos familia, nadie en la aristocracia podría pensar que pudiéramos casarnos entre nosotros, pero la realidad es que los Cramwell no compartimos sangre con los Illingsworth y los Saint-Jones. Solo vosotros sois de verdad primos hermanos, así que, aunque no se contemple que nada pecaminoso pueda ocurrir entre nosotros, sigues sin ser buena carabina.

Era curioso cómo tres de las estirpes aristocráticas más importantes del reino se trataban como primos porque sus padres habían sido íntimos desde hacía más de tres décadas, pero solo dos de ellas eran familia con lazos de sangre, al casarse ambos con la hermana del otro.

—Ni buena compañía tampoco —apostilló el conde de Bensters, queriendo devolver el buen ambiente.

—Entonces tendrás que acompañarla tú, Richard, dado que eres su hermano.

Ni siquiera se inmutó.

—Tiene una carabina, no me necesita y, además, estoy seguro de que prefiere que no la escolte. ¿O no habéis oído que no nos soporta? Sin duda, ese plural me incluye. ¿Verdad, Edith querida?

Hubo más risas. Edith adoraba a su hermano, le confiaría su vida.

—Te salvas porque ha venido Kit e imagino que tendréis cosas que tratar, todas ellas serias y aburridas.

—¿Nos critica por no ser unos libertinos? —preguntó Christopher, ignorándola a propósito.

—Tiene el ridículo convencimiento —siguió obviándola Bensters— de que, de ser un caballero, se pasaría el día divirtiéndose.

—Sin duda se divertiría más que vosotros dos —les dijo Richard, saliendo en defensa de Edith.

Eran, en efecto, dos caballeros más preocupados por la política y el patrimonio familiar —aunque Kit no era el primogénito tenía una fortuna considerable— que por las partidas de naipes y los burdeles.

El conde la miró con fijeza, evaluándola.

—Creo que sería todo un rompecorazones, de ser un hombre.

Trataba de mantenerse serio, pero le estaba costando, sabiendo que su hermana empezaba a enrabietarse.

—Ya es una rompecorazones, ¿a cuántos hombres has rechazado este primer año, Edith?

—Merecidamente —añadió con impertinencia Edward.

—Merecidamente —convino Kit.

Se levantó, asegurándose de mantener una sonrisa educada para que no confirmasen cuánto la habían enfadado. Detestaba perder.

—Adiós.

Y se marchó al ritmo de los aplausos de los demás.

Condenados fueran, Si no los quisiera con locura les daría una patada donde ellos mismos le habían explicado que dolía tanto que podía derribar a cualquier hombre.

***

Hubiera preferido salir sola. La carabina que su madre contratara para ella se había roto un hueso de la pierna mientras limpiaba un armario, al caerse del taburete donde estaba subida, así que la habían enviado a Durham a que descansase. Con tan poco tiempo, la tía Nicole le había cedido a la suya propia, que era la misma que cuidó de ella durante su debut y que ahora se dedicaba a consentir al hijo de Phillipe cuando iba a la casa.

Era una mujer dulce y amable pero de más de cincuenta años y que caminaba con lentitud. Como a cualquier señorita de campo, y Edith era sin duda una, le gustaban los paseos vigorosos, aun cuando fuera en un parque mucho menor que su finca y que tenía que rodear al menos cuatro veces para sentirse bien.

En todo caso, había salido a pensar qué hacer durante aquellos tres meses, no a despejarse, así que paseaba despacio en consideración a la señora. Si lord Jared apenas había prestado atención a la temporada y, además, parecía ser que estaba negociando dirigir un periódico diario con tiradas matutina y vespertina, difícilmente podría coincidir con él. Aun así, prefería intentarlo o escuchar al menos cotilleos de salón sobre lord Jared Morrington a marcharse a suspirar como una tonta al norte y a escribir cartas a diario a su hermana y su madre a Boston, a su hermano a saber a qué lugar del continente y a su padre a Londres.

¡Qué rabia ser la más joven! Tenía toda la vida por delante, sí, pero por el momento esa maravillosa existencia que iba a disfrutar estaba por llegar y nada había cambiado en sus rutinas.

Para muestra, tener que salir con una carabina a las dos y media de la tarde, cuando nadie había en el parque que pudiera juzgar su decoro.

Una ráfaga de viento le arrancó el bonete, soltando su larga trenza. Maldijo, agradeciendo que el lugar estuviera desierto, y salió corriendo tras su díscolo

sombrero. No se había peinado para la ocasión, su largo y mal recogido cabello se mecía contra su espalda, pues apenas se había arremolinado en la coronilla una larga trenza, siendo que la iba a ocultar bajo la femenina cofia.

Aceleró el ritmo sin caer en la cuenta de que, después de todo, era un viejo bonete que no usaba a las horas de moda y que, para colmo, difícilmente alcanzaría, pues el viento superaba la velocidad de sus piernas. Aun así, lanzarse a la carrera en el parque la hizo reír mientras fracasaba en su cacería.

—¡Señor, deténgalo! —gritó a la alta figura ataviada con un sombrero de copa que, para fastidio de Edith, se mantenía impávido a la fuerza de aire sobre la cabeza de su dueño. Su vieja cofia iba a pasar por su lado de un momento a otro.

Si el caballero la escuchó, no le hizo caso, y su preciado, usadísimo bonete fue a caer al agua del Serpentine. Podía creer que no la hubiera oído, pero era imposible que no hubiera reparado en su sombrero de paja con coloridas cintas pasar casi al vuelo a la altura de sus rodillas.

Arruinada la prenda, se acercó al hombre. Cuando lo reconoció, su corazón se detuvo un segundo antes de martillearle en el pecho cual badajo contra campana. Lord Jared estaba frente a ella y la miraba con gravedad.

Alto, esbelto, con el cabello tan rubio como el suyo y los ojos negros, era un caballero extremadamente apuesto. Muchas damas lo tenían en el punto de mira a pesar de carecer de título. Se rumoreaba que el príncipe Alberto quería concederle el reconocimiento de *sir* por su coral aportación a los medios de información, lo que lo hacía todavía más *desposable* para las madres con hijas en edad de merecer.

Se miraron fijamente, él serio y sin decir nada, ella ardiendo de rabia.

—Usted… usted…

Maldita fuera su timidez. Solo cuando se sentía segura, entre los suyos, era desenvuelta. En sociedad se limitaba a ser educada. Odiaba callar por temor a que los nervios le jugasen una mala pasada. Ahí estaba, de hecho, tartamudeando frente al hombre con el que quería casarse.

—¿Yo?

Edith abrió los ojos desmesuradamente. ¿Se reía de ella?, ¿o la menospreciaba?

—Usted es un maleducado. —Dilucidaría más tarde que la rabia también la volvía valiente—. No es que me sorprenda, viene demostrando su grosería desde que fuimos presentados en marzo. Sin embargo, ver pasar un bonete arrastrado por el viento alrededor de usted y no ser capaz de agacharse a recogerlo, sabiendo que pertenece a una mujer, dama o no, implica una dejadez

incalificable

—¿Hay alguna diferencia entre si pertenece o no a una dama?

Fue su turno de tornarse ojiplática. Le habló como si fuera corto de sesera.

—¡Desde luego que la hay! Si es una dama, seguramente tenga algunos más en su armario y no le resulte una gran pérdida. Pero si no lo es, tal vez carezca de uno de repuesto y en invierno el sombrero abriga, por lo que su penuria le hará pasar frío. O, peor, que pertenezca a una doncella y la regañen por perder su cofia.

Jared se quedó sin palabras. Esperaba que concediera más derechos a las damas de alcurnia, no al contrario. No es que no creyera en las clases sociales, él mismo vivía de los privilegios de ser hijo de un conde, pero su familia, en la siguiente generación, sería burguesa, y se negaba a que lo creyeran peor por eso.

Su silencio enardeció a Edith.

—Al menos podría mentir y decir que no lo ha visto porque iba ensimismado o cualquier pretexto que no haga evidente, milord —el título sonó a insulto—, que es, en efecto, un grosero con mayúsculas.

La miró, suspicaz, una sonrisa bailando en los labios; un gesto que la puso nerviosa, a ella y a su tonto corazón.

—¿Quiere decir que mentirle sería educado y me convertiría, pues, en un caballero? De acuerdo —dijo con supuesto descuido—. Disculpe, milady. —Tampoco el título de cortesía pareció un reconocimiento—. Quedé tan embelesado con su belleza que fui incapaz de reaccionar, tan fascinado me dejó su rostro.

Olvidada la cortesía, la timidez o el amor que pudiera sentir, la dama sonrió. Le dedicó la misma sonrisa que había recibido segundos antes, una que bailaba en sus labios y que hizo que también el tonto corazón de Jared se acelerase; para su tranquilidad, era imposible que aquella preciosa mujer pudiera escucharlo latir.

Atento a sus labios en forma de corazón, no miró sus pies.

—¡Ay! —gritó—. ¡Me has pisado! —la tuteó sin darse cuenta, demasiado asombrado.

Aquella… aquella valquiria había tenido el valor de clavarle el tacón de su botín en la punta del pie con fuerza suficiente para hacerle daño.

Miró ella hacia el suelo y, cuando elevó la vista hacia él, su rostro era angelical. Angelical y hueco como solía serlo durante los bailes, agotada la pasión que había vislumbrado poco antes.

—¿Lo he hecho? Disculpe, milord, quedé tan cautivada por su hermosura que no me fijé en dónde ponía los pies.

—¿Me has llamado hermoso? —preguntó, ofendido.

Un hombre era atractivo, guapo, interesante… jamás hermoso.

—¿Me está pidiendo más elogios?

Se quedó callado, evaluándola, los ojos negros fijos en los azules, sorprendido de que ella no se amedrentase. No podía saber que se había criado rodeada de los peores pillastres de la nobleza: los Illingsworth y los Saint-Jones; y que estos la trataban como a una igual.

Como hiciera ella una hora antes, Jared solo dijo «adiós» y se marchó sin mirar atrás.

Más prudente que sus primos, ella prefirió ahorrarse los aplausos.

Capítulo 2

Jared venía de almorzar temprano en su club con un inversor, cuando se tropezó con la preciosa lady Edith. No había mentido del todo, pues sí lo había sorprendido muchísimo verla, a pesar de estar demasiado lejos como para distinguir sus ojos rasgados, sus carnosos labios o su nívea piel y quedar por tanto cautivado, como le había asegurado, travieso. Tal asombro había significado que no hubiera sido capaz de reaccionar a tiempo para coger el bonete que se arremolinó durante unos segundos a sus pies antes de seguir su camino hasta el río.

Debería haberse disculpado… o haber dicho cualquier cosa. Pero la larga trenza rubia clara le había fascinado. No sospechó jamás que poseyera un cabello tan largo ni tupido y la imagen de aquella preciosa melena desmadejada sobre sus sábanas había derribado cualquier pensamiento coherente.

No habían acabado ahí las sorpresas: había hecho la dama gala de un carácter desconocido hasta entonces para él. Si le había parecido una princesa desde el mismo momento en que la viera, su carácter belicoso la había elevado a la categoría de diosa.

En un baile de la temporada del debut de lady Edith debió de ser indiscreto y observarla en exceso, pues al salir a la terraza con un amigo este se mofó asegurando que, visto lo visto, Jared se había convertido en uno más de las decenas de admiradores de la joven. Lo negó entonces, diciendo que no era el tipo de belleza que le atraía y añadió, además, que la muchacha le parecía una muñeca preciosa pero sin criterio propio y que no era aquello lo que buscaba en

una esposa.

Parte de su discurso fue cierto: anhelaba a una mujer con una fuerza de carácter similar a la suya, con quien poder compartir la pasión por su negocio, y valiente para decirle cuándo se equivocaba. Si bien era cierto que fantaseaba con ella, no había querido conocerla por si su talante se asemejaba al de su hermana lady May o al conde de Bensters. De ser así, estaría perdido.

Nunca le había pedido ningún baile, ni siquiera cuando la veía sentada en los márgenes de la pista. No se había acercado a su nutrido grupo de admiradores. Tampoco le había enviado un ramo jamás. Había, en fin, evitado a toda costa enamorarse de ella para que un capricho del viento y un viejo sombrero lo pusieran en un brete. Porque ¿qué podía ofrecer él a la mujer más hermosa de Inglaterra, hija de un poderoso marqués? Lady Edith había nacido para ser duquesa o casarse con un príncipe prusiano, no con un editor, maldita fuera su suerte.

Llegó a su oficina con ella ocupando todos sus pensamientos. Sin embargo, en el mismo instante en que Paul, tras el preceptivo saludo, colocó frente a su escritorio las galeradas del diario que debía salir al día siguiente, se olvidó de la hija menor de los marqueses de Woodward y se dedicó a su trabajo con ahínco. Había logrado una publicación para la clase baja; no para la burguesía ni, desde luego, la aristocracia, sino noticas sobre política y mercado laboral, sobre vivencias de inmigrantes que se habían marchado al extranjero en busca de mayor fortuna, denuncias sobre precios abusivos o anuncios de viviendas o pequeños comercios.

No, no era un gran periódico, pero sí un proyecto ambicioso que, desde hacía varios meses, se estaba haciendo un nombre entre las publicaciones más vendidas. Eran su papel y tinta de poca calidad, por lo que el coste era menor y podían vender muchos ejemplares a precio bajo, atrayendo a la clase obrera. Pero, como solía decirse, las noticias de ese día envolverían el pescado del día siguiente, por lo que unas hojas más finas no suponían ninguna diferencia para él.

No funcionaban bien, en cambio, sus publicaciones divulgativas, pero las mantenía porque le gustaban y, además, otorgaban seriedad al grupo editorial.

Curiosamente eran las novelas en folletines y la revista femenina de moda *French Fashion* las que pagaban más de la mitad de las nóminas de los trabajadores a su cargo. Además de permitirle a él una vida de lujos. Tras una década de esfuerzo, pues comenzó su proyecto en el último año de Eton y encaró sus estudios en Oxford a crear un periódico, a los veintiséis años era más rico y conocido que su hermano mayor y heredero de su padre.

La fortuna le había sonreído, cierto. Había tenido suerte en algunas noticias, aunque también era verdad que varias fuentes lo habían elegido a él y solo a él para narrarle lo que ocurría en las casas de aquellos que dirigían el país, dado que se había ganado la fama de ser un hombre de palabra y comprometido. Y, sin duda, la fortuna le sonrió el día que tropezó en una taberna con una camarera demasiado guapa a la que rescató de un marinero con las manos demasiado largas. La muchacha resultó no solo ser la hija huérfana de un caballero, culta y necesitada de trabajo, sino también una mujer inteligente y con buenas ideas que se ofreció a hacer para él algún artículo social interesante para acabar como directora de la revista que todas las damas de la alta sociedad leían.

Estaba, de hecho, valorando hablar con Penny, ya editora de la revista aunque continuase escribiendo artículos, y hacer una publicación quincenal con menos contenido que la mensual, pero añadiendo algo novedoso. *French Fashion* se estaba convirtiendo en un éxito cuyo tirón quería aprovechar.

Pensó en la mujer pelirroja y sonrió con afecto: «Penny, eres la esposa perfecta para mí», solía bromear con ella, sabiendo que no existía ninguna atracción entre ambos. No obstante, siempre pensó que fue una lástima que no prendiera la llama del amor entre ellos. Conocer a lady Edith lo había alterado tanto que ya no sabía decir si era una suerte no querer a lady Penelope o una desgracia, pues así no habría lugar en su mente para la mujer más bella del reino.

—¿Se quedará a cenar, señor Morrington? —En el trabajo no quería que lo llamasen milord.

Levantó la vista, sorprendido. No había oído entrar a Paul.

—Sí, quiero adelantar trabajo. Mañana por la noche se inaugura la pequeña temporada con el baile de una de las mejores amigas de mi madre y tengo que ir.

—De acuerdo —respondió el hombre, aséptico, saliendo del despacho para encargar la comida.

¿Por qué le explicaba a su secretario su agenda personal?, se exigió. Lo cierto era que hacía años que no acudía a los salones de lady Bradley y que, si asistía a la velada al día siguiente, tendría más que ver con la dama con quien había tropezado en el parque que con las amistades de la condesa de Morrington.

Suspiró y volvió a sus papeles. Se le harían las tantas de la madrugada, pero valdría la pena y lady Edith también iba a aquel baile. Si no, siempre podía enviarle un bonete. Porque de algo estaba seguro: no iba a dejar pasar la oportunidad de conocerla mejor. Había despertado su curiosidad y mucho más, así que prefería intentarlo y fallar a preguntarse durante años si ella le habría aceptado.

***

Se dio cuenta de que no era tan valiente como pensaba, que las críticas de los otros la atemorizaban y que le afectaba mucho la idea de que las damas con más influencia social —los dragones, como solían llamarlas en su familia— pensasen que se estaba rebajando. Estaba en verdad asustada, más que el día en que debutó.

Dentro del carruaje y con su hermano a su lado, solo podía pensar en que las matronas la mirarían con desdén, que la señalarían porque no había regresado a Durham sino que persistía en buscar esposo; como si esperase un milagro o como si no considerase lo bastante buenos a los caballeros solteros que habían residido en la capital desde la Pascua hasta la apertura de la veda del urogallo.

—¿Quieres que regresemos? —Bensters la tomó de la mano y le dio un cariñoso apretón; aun así, no la miró, respetando su estado de ánimo, evitándole el escrutinio.

—No —respondió en voz baja.

—¿Vas a explicarme qué hacemos aquí, Edith?

No había ironía ni exigencia en su voz; lo dijo de un modo suave, relajado. Ese sosiego, la falta de exigencia, la animó a contestar; si tenía miedo o vergüenza, era mejor compartirlo con los suyos, que siempre la aliviaban.

—El ridículo, creo.

El conde le soltó la mano.

—*Le ton* sabe que estás aquí porque mamá está con May y papá en el Parlamento. No puedes quedarte sola en el norte, no sería correcto.

Visto así, parecía lógico que permaneciese en Londres y, en consecuencia, sería un desaire no acudir a los eventos a los que era invitada, siendo tan pocos los nobles que se quedaban en la capital. Negó con la cabeza, todavía pesimista.

—También saben que mamá reservó el billete a Boston hace meses porque estaba convencida de que, para octubre, yo estaría ya casada.

Richard se volvió a mirarla. Le envolvió las mejillas con las manos y la observó con fijeza, dejando que leyera cada emoción que sentía.

—Y estoy muy orgulloso de ti y de tu determinación de casarte con quien ames cuando lo encuentres, y no cuando la aristocracia lo espere o con quien los dragones decidan. —Se le quebró apenas la voz antes de seguir—: Eres muy valiente. Bajo esa apariencia de decoro y perfección social hierve una guerrera que lucha por lo que necesita sin miedo a fallar.

A Edith le cayó una lágrima, que su hermano secó con el dedo pulgar antes

de poner distancia de nuevo entre ambos.

—May me dijo lo mismo por carta —le confesó, con mirada nostálgica; le hubiera gustado tanto compartir aquellas fiestas con su hermana mayor, a pesar de la diferencia de edad y de pareceres…

—Maldita sea May la escritora, que se me ha adelantado —gruñó, sarcástico.

Rieron los dos.

Fue el turno de la joven de acercarse a su hermano; le dio un beso en la mejilla, algo que rara vez hacía. Pero en ese momento sentía un cariño infinito por él.

—Gracias —susurró.

El conde no dijo nada, volvió a cogerle de la mano y se mantuvieron en silencio el resto del camino.

Cuando llegaron a la escalinata de la sala de baile de lady Copper y el mayordomo los anunció creyó que su mirada daría la vuelta al salón para ver cómo todos los ojos se posaban en ella, la beldad de la temporada que no se había casado y seguía buscando esposo en octubre, mientras la criticaban, tras los abanicos, impenitentes.

De haber tenido tiempo, se habría dado cuenta de que, en el fondo, actuaba como una egocéntrica, o que era su hermano Richard, en realidad, quien acaparaba la mayor parte de la atención. Así lo habría pensado de haber podido, de no ser porque nada más bajar el primer escalón que daba al gran salón sus ojos se cruzaron con otros negros que la miraban con admiración y el resto del mundo dejó de existir.

Había merecido la pena superar el miedo: Jared Morrington estaba allí y, por primera vez, no la obviaba.

Capítulo 3

Lo primero en lo que se fijó Jared al verla fue en el cabello. Recogido en un moño alto la hacía parecer más esbelta, pero no fue eso lo que le satisfizo, sino tener la certeza de ser el único caballero en la sala que sabía cuán larga y exuberante era su melena.

Bajó después la mirada hasta su cintura. Le maravillaba lo estrecho de su talle. Si no hubiera experimentado de primera mano la fuerza de su carácter, habría temido poder romperla al tocarla, tan frágil parecía. Pero no, se recordó, tras su rostro angelical se escondía una valquiria, una dama que lo había tildado de grosero y desconsiderado sin sonrojarse siquiera.

Si no continuó con su examen fue porque se sintió vigilado también él. En efecto, el acompañante de lady Edith, Richard Cramwell, conde de Bensters, lo miraba. No supo revelar qué decían sus ojos: si le divertía lo embelesado que pudiera estar con su hermana o le advertía de que no se acercase demasiado a esta.

Pero Jared no había creado un negocio próspero desde cero ni pretendería dirigir el *Gazette* si no poseyera una firmeza casi implacable. No, jamás osaría imponerse a la voluntad de una mujer, pero sí intentaría conquistar a la dama. Esperó a que se acercasen donde él se encontraba, pues si quería lady Edith beber champán o un ponche caliente tendría que regresar pasando frente a él; para su asombro, no necesitó hacer ningún movimiento, sino que fue el conde de Bensters quien lo saludó en cuanto se aprovisionaron con sendas copas.

—Lord Jared Morrington, si la memoria no me falla —lo saludó con

naturalidad, a pesar de que era la primera vez que se dirigían la palabra.

Se estrecharon las manos y él asintió, confirmando su recuerdo.

—Estaba un par de cursos por encima del suyo en Eton, milord.

—Y sin embargo no eligió Cambridge para seguir sus estudios universitarios. —Lo que explicaba por qué habían dejado de coincidir.

—Me convencía más el equipo de remo de Oxford —bromeó.

Si bien aquellos últimos años era Cambridge quien había dominado las regatas entre ambas facultades, en los tiempos de Jared era Oxford quien alcanzaba la victoria. Bensters rio.

—¿Todavía rema?

Él y sus primos lo hacían con menos frecuencia de la deseada; era así como los padres de todos ellos se habían conocido.

—Cuando tengo tiempo, que no es mucho.

Asintió el conde, comprensivo.

—Mi primo Kit y yo hemos decidido retrasar nuestro *grand tour* y, hasta que emprendamos nuestro viaje, seguiremos yendo al Támesis, al menos, una vez por semana. Si se anima a acompañarnos, un par de brazos más nunca vienen mal.

Asintió. ¿Le estaba dando la venia para cortejar a su hermana, acaso? Le sorprendía. Como fuera, lo agradecía. Un espaldarazo del conde de Bensters significaba mucho.

—No será en breve, pero si no se marchan hasta la primavera, confío en estar menos ocupado para entonces. ¿Quizá a primeros de marzo, a más tardar? —se comprometió.

—¿Menos ocupado para entonces, cuando estará dirigiendo el *Gazette*? Lo dudo. No mire a mi hermana como si no pudiera escuchar nada relacionado con los negocios o es posible que, en un alarde de torpeza inimitable, le derrame su ponche por encima. Después de todo, mi madre también regenta un negocio similar al suyo. —Se refería Richard a la editorial de la marquesa de Woodward, que publicaba libros escritos por mujeres.

Si Jared no hubiera visto el arranque de mal genio de Edith esa mañana no habría sabido reconocer la chispa de furia en los ojos azules de la joven ni se habría tomado en serio que ella pudiera verter el líquido de su copa sobre su camisa; sin embargo, reconoció su enojo al verse excluida de una conversación, en teoría, no apta para los oídos de una dama. El rostro impávido, ese rictus que la hacía parecer dócil y que había sido el pretexto de Jared para no mostrar interés, no había cambiado. Sin embargo, se percató de que el humor de la muchacha, fuera este bueno o malo, se adivinaba en sus ojos. No los achicaba, ni siquiera pestañeaba, pero algo refulgía en ellos.

—Milady —le sonrió Jared, cambiando de tema hacia el que le convenía más a él—. Me temo que estoy en deuda con usted.

Bensters se puso serio.

—¿En deuda?

—Un bonete. —Y explicó él, sucinto, el accidente de aquella tarde.

Era el momento perfecto para exigirle un baile, se dijo Edith. Podía decirle que, con un vals, se sentiría redimida. Es más, estaba en posición, dada la contrición de él, de exigirle el anterior a la cena, y así asegurarse la compañía durante el ágape que la anfitriona serviría en un par de horas.

No obstante, su boca era incapaz de articular palabra. Maldita fuera su timidez, acrecentada por el guapo caballero y la presencia de su hermano.

—Mi hermana tiene sombreros de sobra, créame, no echará de menos un viejo bonete de paja. —La había visto salir con él y regresar peinada con una sencilla trenza, lo que no le había gustado, aunque se guardara su comentario—. Lo que faltan en la sala esta noche son caballeros con los que bailar y Edith adora el vals. Ofrézcale el anterior a la cena y, sin duda, ella…

—¡Richard! —lo chistó, protestando, las mejillas sonrosadas, la mirada baja.

—Lo estoy ayudando. Si te envía un sombrero, dudo que logre elegir uno del que no tengas ya un modelo similar. Hará un esfuerzo en balde. —Miró a Jared con diversión—. Llámelo solidaridad masculina.

No podía imaginar el conde que, aun de lejos, Jared siempre tenía conocimiento de donde estaba y que procuraba coincidir con ella y que, en los casos en los que no le era posible, Penny la describía en sus esbozos, a ella y a las damas más elegantes de la ciudad, a modo de notas para la sección de moda; unas notas que él absorbía, ávido de saberlo todo de ella.

Así que, si elegía un bonete para ella, se aseguraría de que fuera único. En cambio, prefería el vals y la cena.

—Le agradezco el consejo, lord Cramwell. Por tanto, lady Edith, ¿me concedería el honor del último vals antes de la cena?

Asintió ella, preguntándose adónde había ido su voz. Le entregó el carnet, este anotó su nombre y, tras un cabeceo a modo de despedida, los dejó a solas.

Su hermano tiró de ella con disimulo y solo cuando supo que nadie podía oírlos, preguntó.

—¿Por qué no has aprovechado para pedirle un baile tú misma? Prácticamente te lo ha pedido él al decirte que podías cobrarte una deuda. Me habrías ahorrado parecer un viejo alcahuete, la verdad.

Chasqueó la lengua con fastidio el conde.

—¿Por qué habría de querer bailar con él un vals y compartir, además, la

cena? Y, por cierto, ¿desde cuándo sabes tanto de un caballero con el que no mantienes ninguna relación?

Richard la miró con suficiencia.

—Desde el principio de la temporada, que es el tiempo que llevas mirándolo como si fuera un dios, Edith.

Si no se quedó plantada en medio del salón al escucharle fue porque, conociéndola tan bien como lo hacía, su hermano tiró de ella una vez más.

—¿Te lo ha contado May? —Su voz sonó enfadada.

La réplica de Bensters, en cambio, parecía herida.

—¿Se lo has contado a May y no a mí?

—May no está aquí —dijo, seria.

—Precisamente por eso.

No le repitió la frase de que era esa, en efecto, la razón por la que se había confesado con su hermana: no tener que decirlo en voz alta ni sentirse compadecida por unos ojos llenos de afecto.

—Entonces ¿cómo lo has adivinado? —quiso saber ella—. Y te advierto que como le hayas contado algo a Kit…

—Ya te lo he dicho, Edith: no has dejado de buscarle en cada baile durante toda la temporada.

A punto estuvo de bufar.

—Si eso fuera cierto, habría sido pasto de los cotilleos estos últimos meses y ni siquiera en la revista para mujeres de lord Jared se ha mencionado nada al respecto.

Claro que, se dio cuenta, siendo su revista… ¿Sabría él de su interés y habría preferido no publicarlo por no colocarse a sí mismo en el centro del candelero social? Se sintió avergonzada. Ajeno a su bochorno, siguió Richard regañándola.

—Si los dragones te conocieran tan bien como yo, o la infame periodista de *French Fashion*, estarías perdida. Deberías ser más discreta; me extraña que papá y mamá no te hayan dicho nada.

—Sigamos paseando en silencio, por favor, no quiero bailar ni hablar tampoco.

Bensters colocó la mano sobre la de su hermana, reconfortándola. No había pretendido forzar confesión ninguna, solo ayudarla a conocer mejor al caballero que le interesaba dado que él no parecía atreverse a dar un paso al frente. Porque, claro, su hermano no concebía que un hombre tan inteligente como Jared no apreciara a Edith, y hasta esa noche el tercer hijo del conde de Morrington no la había mirado de *ese* modo, uno que hablaba de pasión y enamoramiento

Aunque al conde no le interesase en absoluto el matrimonio, no dejaba de ser un hombre joven y reconocía el deseo cuando lo veía. Por qué no se acercaban el uno al otro no lo sabía, pero exigiría ser él quien acompañase a su hermana al altar y se regodearía de haber propiciado su matrimonio durante años. Porque más le valía a Jared Morrington largarse del país si sus emociones hacia Edith no iban más allá de la lascivia.

Pasó más de veinte minutos del brazo de su hermano, sonriendo aquí y allá aunque sin detenerse a saludar a nadie. Para su sorpresa, eran pocos los invitados o, al menos, lo eran en comparación a las fiestas de primavera o verano. Si un baile con menos de cien asistentes era un fracaso, esa noche dudaba de que hubiera más de sesenta personas allí, lo que lo convertía en cierto modo en un evento íntimo.

Comenzaban en otoño los bailes más temprano para que pudieran irse los invitados poco después de la cena, apenas sonaban tres piezas más después del ágape y, antes de las doce de la noche, solían despedirse todos, evitando la acumulación de hielo en los adoquines.

Si había tan pocos nobles en Londres, reflexionó Edith, sería más sencillo volver a ver a lord Jared, suponiendo que este desease coincidir con ella. Después de llamarle grosero aquella tarde, de repente dejaba de obviarla y se mostraba amable por primera vez. O quería darle una lección o, tras su diatriba vespertina, el editor había cambiado de parecer sobre lo de que era una muñeca preciosa y sin criterio y sentía cierta curiosidad respecto a ella.

Recordar el agravio que escuchara en unos jardines en mayo le dolió. ¿Cómo se había atrevido a juzgarla, condenarla e ignorarla solo por una impresión que era, además, errónea?

Como fuera, le demostraría que tenía mucho criterio y que si él no demostraba ser inteligente, sería la víctima de ese mismo criterio propio. Esperó con impaciencia su vals, evitando a otros caballeros. Era descarado bailar solo con uno, lo sabía, pero no le importaba. Quería bailar con él, debía disculparse por lo de aquella tarde y tenía que hacerle ver que era una dama con una cabeza sobre los hombros para mucho más que hacerse intrincados peinados.

Quizá se debiera a que era una tarea hercúlea, pero cuando sonaron los acordes de aviso del vals y la alta figura rubia se acercó a reclamar su baile, el estómago se le llenó de mariposas…

Capítulo 4

Había bailado muchos valses aquella temporada, pero parecía que fuera la primera vez que lo hacía *de verdad*. Cuando Jared la rodeó entre sus brazos, le tomó una mano y colocó la otra en su espalda, entendió por qué su madre le decía a menudo que treinta años antes el vals se consideraba casi pecaminoso: porque, se dio cuenta Edith, con la pareja adecuada, *podía* ser pecaminoso.

Se sintió desbordada por la miríada de nuevas sensaciones que la envolvieron: la calidez de sus manos, que sentía a través de la tela y que le calentaba el pecho; la intensidad de su mirada, que la hipnotizaba hasta el punto de no necesitar escuchar la música para moverse a su compás; el delicado roce de sus dedos o sus muslos en los cambios de manos; los giros y el suave crujir de la seda de sus faldas al acercarse sus cuerpos… Todo parecía nuevo en un baile que solía divertirle pero que disfrutaba por primera vez.

Quizá porque sabían que tendrían después, al menos, media hora para charlar durante la cena, quizá porque estaban ambos concentrados en el otro y no necesitaban más, pero pasaron toda la pieza en silencio, disfrutando de cada discreta caricia, de cada cruce de sus ardientes ojos, de la intensidad de su cercanía.

Finalizado el vals, Jared le ofreció el brazo para acompañarla a la zona que los anfitriones habían habilitado para cenar. Se giró ella buscando a su hermano. Richard estaba en un rincón del salón charlando con algunos hombres de mayor edad; brindó hacia ella al aire, dándole su beneplácito para seguir con lord Morrington, aunque sabía que no dejaría de preocuparse por ella.

—¿Le parece bien si vamos a sentarnos? —le preguntó él en un susurro.

A pesar de la formalidad de sus palabras, había algo en su voz que la agitó: el tono suave, agravado le resultó… no sabía cómo describirlo, pero su estómago se había vuelto a llenar de mariposas revoloteadoras al escucharle.

—Sí — respondió, bajito—. Vayamos.

También él se volvió un segundo hacia el marqués de Bensters, buscando su aprobación. Aquel detalle agradó mucho a Edith: porque para la joven era importante que el hombre del que estaba enamorada respetase a su hermano y porque le había preguntado a ella primero.

Se dejó guiar para llegar a un extremo de la mesa. A su lado había cinco caballeros de más de sesenta años discutiendo sobre la apertura del Parlamento con la candente cuestión de Irlanda como piedra arrojadiza entre tories y whigs. Gozarían ellos dos, por tanto, de intimidad: entre las voces exacerbadas y la sordera de tres de ellos, difícilmente podrían escucharlos.

Apartó Jared la silla, caballeroso, le pidió que se sentara y le prometió regresar en breve. Lo hizo con dos platos llenos de pequeñas *delicatessen*. Unos minutos después, estaban rodeados de manjares y bebían agua y champán.

Carraspeó, incómoda por lo acaecido la tarde anterior. Sabía que le debía una disculpa, del mismo modo que él había reconocido tener una deuda con ella. Decidió que sería mejor pedirle perdón cuanto antes y relajar el ambiente. Compuso su ensayada máscara social y comenzó su discurso:

—Milord, aprovecharé la oportunidad para expresarle cuánto lamento mis palabras de la tarde de ayer, cuando…

—No, por favor —le pidió él, presto.

Si calló fue por la sorpresa. Jared no la interrumpía con educación, haciendo valer la norma de que una dama jamás debía disculparse. En realidad, parecía no querer escucharla. Lo miró, intrigada. No podía ofenderse, no cuando él parecía tan sorprendido como ella por sus propias palabras. Carraspeó entonces el caballero.

—Esta noche he querido bailar y disfrutar durante la cena de la compañía de la dama que me gritó en el parque, no de la beldad de la temporada, la joven que ha encandilado a toda la sociedad con una actitud y saber estar rayanos a la perfección.

¿No le gustaban las damas correctas?, fue lo primero que se preguntó ella. O tal vez, solo tal vez, le gustasen las mujeres con carácter. Sonrió sin poder evitarlo, sin ser conocedora de la picardía de su gesto: si a lord Jared Morrington le gustaban las damas decididas, iba a tenerlo rendido a sus pies muy rápido.

—¿Qué? —le inquirió él con una sonrisa similar.

—Creo que si quería bailar con la dama del parque, ha perdido una oportunidad preciosa y única de devolverme el pisotón que recibió, pues ha bailado usted con mucha maestría.

Jared rio. Una risa grave que hizo que Edith sintiera un escalofrío de placer.

—Todavía puedo derramarle el vino por encima durante la cena.

Lo miró, traviesa.

—Pero ¿lo hará?

—¿Y perderme su estimulante compañía? Creo que no.

—¿Estimulante? —preguntó ella con tono burlón—. Creo que me confunde con otra, milord.

—Me temo que he sido yo quien ha podido estar confundido durante los últimos meses, milady —le respondió él con más seriedad.

No supo qué contestar a eso, así que prefirió tomar el vaso con agua y beber un trago despacio. Prosiguió él.

—En toda la temporada, no he notado que perdiera la compostura ni una sola vez.

—Difícilmente, dado que apenas nos hemos visto.

Alzó la vista Jared y la miró con intensidad, como si solo estuvieran ellos en la salita.

—Se equivoca, lady Edith: no he dejado de estar atento a usted.

Se sonrojó con violencia. Afortunadamente, no podía ser la menor de tres hermanos con lenguas viperinas sin que la suya fuera también ligera.

—Ah, claro, tiene usted una revista femenina que me ha estado mencionando baile tras baile. Confieso estar intrigada con la identidad de la señorita que vale un penique[2]. Si es el seudónimo escogido por la autora, dígale de mi parte que debió concederse el precio de una libra, al menos, dada la calidad de sus artículos.

Rio Jared; sin duda, se lo diría a Penelope al día siguiente. Cómo firmaba era una broma privada entre ellos que, temía, para la escritora no lo fuera tanto, y que no contaría a nadie.

Habiendo vuelto a distenderse el ambiente, bromeó.

—Le diré que la valora usted más de lo que indica su seudónimo.

Lo miró la dama, ilusionada, los ojos fulgentes por la emoción.

—¿Podría conocerla?

Tragó saliva Jared. Había creído que jamás podría negarle nada a lady Edith si se acercaba demasiado a ella, en lugar de mantener la distancia que se propuso en cuanto cayó rendido ante su belleza y que no rompió hasta que la joven le había increpado en Hyde Park que no recogieses su bonete… Pero presentarle a

Penny era imposible. Se dijo con un deje de rencor que, además, deseaba ser él quien hiciera que se le iluminase el rostro de ese modo, él y nadie más, ya fuera hombre o mujer.

—La señorita Penique no creo que esté dispuesta a…

—Pregúntele, por favor. Pregúntele si estaría dispuesta a escribir otras cosas. Mi madre…

Rio de nuevo él.

—¿Pretende robarme a mi mejor editora?

De nuevo Edith se sorprendió.

—¿Es la editora de *French Fashion*? ¿Ella? ¿Una mujer?

—¿Por qué le sorprende? ¿Acaso no es lady May Cramwell, marquesa de Woodward, la propietaria de una editorial donde solo publican mujeres?

Asintió.

—Sí, mi madre es la *criticadísima* propietaria de una editorial donde solo publican mujeres.

—Estúpidos —murmuró Jared.

Pero Edith le escuchó.

—¿Usted no es uno de esos estúpidos, pues? —Trató de no sonrojarse al repetir el insulto.

—¿Lo soy? —le preguntó, con mirada traviesa.

—No sabría decirle, pues por lo que me hicieron saber hace algún tiempo en una velada, yo solo soy una muñeca hermosa que carece de criterio —le respondió con el rostro angelical que tan bien sabía representar.

—Mierda. —Hizo Jared un aspaviento en cuanto el exabrupto salió de su boca—. ¡Perdone la palabrota, por favor, milady!

Y calló, sin saber cómo más disculparse. Lo vio tan azorado que le resultó adorable. Tanto que rebajó el tono y se permitió sonreír.

—¿No debería, mejor, disculparse por insultarme aun sin conocerme, milord?

El tono de Edith destilaba burla, mas no rencor, así que se permitió una sonrisa tímida al tiempo que reconocía su ofensa:

—Entiendo por sus palabras que me escuchó aquella noche, en los jardines de lady Churchill.

Que supiera el momento en que lo dijo le hizo pensar que solo una vez la había ofendido así, o quizá fue lo que quiso creer.

—Tal vez también yo estoy atenta a usted, lord Jared.

Alzó la vista él, las pupilas a rebosar de renovado interés.

—¿Por un caballero rudo que ofende sin conocer a una dama?

—Por un hombre que no ha querido conocer a dicha dama —especificó.

—Podría preguntarle si es mi supuesta falta de interés lo que la ha ofendido, ya sea a su persona o a su orgullo, aunque no cometeré el error de insultarla dos veces, milady. No, porque no quiero que se levante y se aleje para siempre, maltratando sin duda mi pie de nuevo con un segundo pisotón, y porque ya he reconocido que estoy interesado.

Volvió Edith a tomar el vaso de agua y a beber. Le tembló en la mano y, sin duda, él notó sus nervios, aunque no le importó. Aquella conversación había llegado muy lejos y se sentía eufórica. Era mejor detenerse.

—Dado que ambos hemos reconocido y sido perdonados por nuestros errores y hemos admitido que queremos ser amigos —la palabra sonó demasiado precipitada y aguda para su gusto; no para el de Jared, que la miró con un punto de engreimiento—… creo que me marcharé a casa. Milord.

Se puso en pie, también él, claro, le hizo una ligera reverencia y se dirigió hacia donde había visto a su hermano por última vez. No estaba allí, pero lo vio desde otro punto de la sala dirigirse hacia ella. Como sospechara, no había dejado de observarla, aun concediéndole espacio e intimidad.

Estaban bajando ya las escalinatas de la puerta principal cuando Jared los alcanzó.

—Lady Edith… milord —saludó también a Bensters—. ¿Podría acompañarla mañana a comprarse un bonete, con el permiso de su hermano?

—¿Costará un penique? —quiso saber ella, esperanzada.

—Me temo que no.

Richard los miraba, intrigado, mas nada decía. Jared se volvió hacia el conde.

—¿Me permitiría llevar mañana a su hermana a Old Bond Street?

Se encogió de hombros.

—Por si aún no lo ha descubierto, Edith toma sus propias decisiones al respecto de la compañía que la rodea. Y sí, tome eso como una advertencia de hombre a hombre sobre la personalidad de mi hermana y considérelo solidaridad masculina. —Sonrieron y continuó, más serio—: Solo mi padre podría prohibirle frecuentar a algún caballero.

—¡Richard! —lo regañó; parecía querer que lord Jared temiera al marqués de Cramwell, como si lord Julian pudiera tener prejuicios contra unos caballeros u otros sin conocerlos personalmente—. Desde luego que sí, quiero mi sombrero nuevo. ¿A qué hora podría venir?

La miró, extrañado porque le permitiese escoger el momento de su cita.

—Cuando a usted le venga bien, desde luego.

—Yo no dirijo una editorial, milord.

Si aún no la amaba, la sencillez con la que había aceptado quedar con ella, así como su trabajo y la consideración hacia este, derribaron lo que quedaba aún en pie de su conquistado corazón.

—¿A las dos y media, como ayer?

—Perfecto —respondió son una sonrisa radiante.

—¿Ayer? —inquirió Bensters con seriedad.

—Fue ayer cuando lord Jared dejó que mi sombrero cayese al río. Y ahora, vayámonos a casa.

Sin dejar que ninguno de los dos hombres hablase, tiró de su hermano y lo obligó a acelerar el ritmo.

—¿Qué demonios te pasa, Richard? —le exigió Edith, ralentizando el paso cuando ya nadie podía oírlos.

—Temía que le besases allí mismo.

—¿Cómo has dicho? —gritó, ofendida—. Te explico que nunca me han besado.

—Pues algo me dice que mañana alguien va a intentarlo —le advirtió, divertido.

Le dio un golpe en el brazo, aunque le agradó muchísimo que no lanzase invectivas contra el otro, que no iniciase un largo discurso explicando cómo evitar los labios de Jared o, peor, que la amenazase con no dejarla acudir a la cita

—¿Cómo puedes tener en tan poca estima mi honor? —se hizo la ofendida, aun manteniendo el mismo tono travieso que el conde.

—Porque, como te he dicho antes, lord Jared parece ser el único hombre que te interesa y, al fin, ha mostrado sus cartas.

Ya dentro del carruaje, Edith expresó sus miedos.

—¿Crees que a papá le parezca bien que me corteje el tercer hijo de un conde?, ¿un hombre de negocios?

—Creo que a papá le gustará saber que te corteja un hombre al que puede respetar.

Completamente relajada al escucharle —a excepción de su marquesa, claro, nadie conocía mejor a lord Julian que su hijo—, dejó caer la cabeza en el ancho hombro del conde, quien le besó la coronilla.

—Eres el mejor de los hermanos.

—No te creas. Es que tengo que asegurarme de que tú, al menos, te cases y continues nuestra estirpe, dado que May lleva años diciendo que jamás se unirá a un hombre y a mí la idea de acudir a una iglesia para presenciar una boda me da escalofríos. Solo pisaré un altar si soy yo quien te entrega.

Sonriendo Edith, feliz como nunca, se acercó más a él, hasta que este le cruzó

el brazo por los hombros y la abrazó.

Capítulo 5

Pasaban cinco minutos de las dos y media de la tarde. Edith y Jared caminaban cogidos del brazo, en silencio y con tranquilidad, por la vía que daba a Old Bond Street, la avenida principal para ir de compras en Mayfair, que arrancaba en Picadilly y llegaba hasta la calle Oxford.

Edith, poco acostumbrada a los silencios, pues los caballeros solían hablarle todo el tiempo sobre sus gustos o habilidades —los de ellos, claro, poco les interesaban los de la joven—, inició la conversación como le habían enseñado en la academia para señoritas: con una pregunta abierta que provocase que su acompañante pudiera hablar de sí mismo. Era una norma bien conocida en el cortejo que los hombres hacían gala de sus gestas, ya fueran estas familiares, deportivas o de juego, y las damas tenían que mirarlos como si les resultasen heroicos.

—¿Prefiere usted pasear a ir en carruaje, lord Jared? Tengo entendido que es un magnífico conductor y que tiene uno de los mejores tílburis de la ciudad.

Sonrió él, sabiendo que Edith iniciaba una charla social en la que él podía elegir si hablar de tiros de caballos, de su afición a la equitación o a las cuadrigas, de carreras… Ignoró la respuesta adecuada, huyendo cualquier formalismo entre ellos.

—Sí, tengo un tílburi, pero no soy aficionado a las carreras. Y en cuanto a cómo moverme por la ciudad… En esta ocasión en concreto elijo el medio que suponga pasar más tiempo con usted, Edith. ¿Podría llamarla Edith y pedirle que me llamase Jared, o la haría sentir demasiado incómoda?

La joven asumió que acababa de decirle que quería pasar tiempo con ella. En ese momento no podía negarle nada, ¡ni quería tampoco, qué narices! Era un gran paso dejar atrás la etiqueta más estricta, así que aceptó, ilusionada.

—Edith está bien… Jared —tanteó su nombre en voz baja, con timidez.

Como solía leer él en los folletines que publicaba y que hasta entonces le había parecido ridículo, el escuchar su propio nombre en los labios de aquella mujer hizo que sonase diferente, más hermoso.

Carraspeó y continuó hablando, algo nervioso por estar con una mujer, siendo esa la primera vez que se sintiese inseguro con una dama desde que dejara atrás Eton y los pantalones cortos.

—Tengo un tílburi veloz, sí, pero lo uso por trabajo. En ocasiones tengo que llegar lo antes posible a algún lugar…

—¿A una noticia?

Rio. Una risa grave, ronca, que hizo que a Edith le recorriera un escalofrío de placer.

—Hace mucho que no escribo un artículo. Y confieso que solo corrijo los de carácter político. Me temo que paso demasiado tiempo en el despacho desde que ampliamos las publicaciones. —Había añoranza en su voz—. En cuanto a si soy o no un gran conductor, me conformo con no partirme la crisma acudiendo por una urgencia a la imprenta, que es donde se me necesita con presteza. Nada emocionante, como puede ver.

—¡Sea cuidadoso! —contestó sin pensar ella, preocupada.

—Hago lo que puedo por llegar a casa sano cada noche, Edith. —Había un punto íntimo en su tono, como si le estuviera prometiendo que era a ella quien acudiría al acabar el día. Aprovechó Jared que la joven parecía haber entendido su insinuación para continuar—. Lo que no puedo garantizar son las horas de salida y llegada. Me temo que soy un hombre ocupado y que paso más tiempo en mi oficina que en casa.

Edith no simuló no entender lo que le decía.

—Y, sin embargo, aquí está, acompañándome a comprar un bonete.

Sonrió Jared con ternura.

—Y, sin embargo, aquí estoy —repitió con voz suave.

Ella no podía esperar que fuera siempre así, se dijo Jared. Tenía que hacerle entender que en el futuro sería difícil que…

—Imagino que, si adquiere el *London Gazette*, su horario se volverá todavía más exigente.

Suspiró aliviado: lo comprendía.

—No pretendo adquirirlo, no podría, no soy tan rico —dudó, y a punto

estuvo de disculparse por hablar de dinero, pero prefería ser honesto y continuar con la conversación de manera directa y sincera—. Me conformaría con dirigirlo y tener un número suficiente de acciones con las que asegurarme una cierta independencia editorial. No deseo que me digan qué escribir y qué obviar.

—A mi madre le encantaría poder conocerle, estoy segura.

Era ese momento o ninguno, se dijo Jared, armándose de valor.

—Lo imagino, la marquesa tiene una buena reputación como editora. Lo que no sé es si querría conocerme como compañero del gremio o como el caballero que va a comprarle un bonete a su hija.

Hubiera querido ser más contundente, postularse como pretendiente, dado que no se atrevía a decir «futuro esposo», pero en el último momento se había acobardado.

Edith se sonrojó con violencia, dubitativa, insegura de qué responder. No podía ser tan coqueta como para dar por sentado algo que no le habían preguntado y, aun así, estaba convencida de que él le preguntaba por la opinión de sus padres en el caso de que la cotejase seriamente.

Jared confundió su azoro y maldijo su precipitación.

—Supongo que no puede responder por su madre; ni por el marqués tampoco, en realidad.

Alzó la vista, más segura ahora que mencionaba a su padre. Solo en una cuestión se preguntaba a un padre y solo a un padre.

—En casa siempre se nos ha dicho, a mis hermanos y a mí, que se respetaría cualquier decisión que tomásemos sobre el matrimonio. —Estaba siendo muy directa, pero toda prudencia había quedado atrás—. Toda *le ton* sabe que May no desea casarse. Si mis padres le han pedido que se presentase igualmente en sociedad es para que se asegure de que no es esa la vida que desea, para que la conozca bien antes de renunciar a ella. Y Richard suele bromear con que debo casarme y tener muchos hijos, ya que él no tiene ningún interés en pisar el presbiterio, ni siquiera como padrino. —No dijo, aunque lo recordó, que había prometido que solo subiría los últimos peldaños hasta el altar si era para acompañarla a ella y era Jared el novio

Sonrió él, relajado al fin.

—Visto así, parece que los marqueses podrían ser benévolos con su elección, fuere cual fuese.

Edith quiso detenerle allí mismo, en medio de Bond Street, y pedirle que dejara de jugar a los acertijos. Pero no podía hacerlo, era una dama. Y si él se le declaraba, quería recordarlo como algo romántico y hermoso, no como una situación precipitada por su impaciencia.

—El único requisito que mis padres podrían exigir es que sea feliz. Si eligiera a un hombre que supieran con certeza que no va a conseguirlo…

—¿Quizá un burgués? —Tal vez él no lo fuera, pero al carecer de título, los hijos que tuviera ya no serían pares del reino.

Lo miró, sin entenderle al principio. Respondió al comprender que hablaba de estatus.

—Quizá un noble mujeriego o jugador, supongo. —Aprovechó para especificar que el hecho de ser noble no era lo más importante—. Tengo una dote capaz de mantenerme y acciones en el negocio de mi madre. Tal vez no me permitan una vida de lujos, pero sin duda sí una vivienda y una vida cómoda. No necesito más.

Ni en sueños Jared hubiera esperado una respuesta así.

—La aristocracia espera que se case usted con un príncipe sajón o ruso —quiso bromear, a pesar de que fuera cierto.

Tenían altas expectativas en aquella beldad, hija de marqueses y ahijada de un duque y una condesa.

—Entonces dígale a su penique que le regalo la exclusiva: me casaré con el hombre que me haga sentir amada y respetada y a quien pueda amar y respetar y con ningún otro, noble o no, rico o no.

Si Jared no se arrodilló allí mismo fue porque no era el momento ni el lugar. Entendería más tarde que, además, no podía declarársele hasta que la marquesa regresase. Para Edith el consentimiento de su madre parecía tan importante como el de su padre y, por lo que sabía, lady April Cramwell estaba en Boston visitando a su hija mayor, quien estaba publicando sus novelas en los Estados Unidos.

Estaban tan absortos el uno en el otro, esperando ella una declaración y él buscando la manera de hablarle de matrimonio sin iniciar un compromiso todavía, que no escucharon cómo un carruaje se detenía a su lado. Fue la voz del cochero la que los devolvió a la realidad.

—Milord, lady Penelope le necesita ahora.

Alzaron la vista ambos.

—¿Lady Penelope? —dijo ella, inquisitiva.

—Es mi editora —respondió presto, no queriendo malentendidos tras aquella reveladora conversación.

—¡Ya lo imagino! —contestó ella, burlona—. Pero no esperaba que la señorita Penique fuera una dama y que se llamase así en realidad.

La cara de Jared se transformó.

—Eso tiene que ser un secreto, Edith.

Se acercó a él y le susurró:

—Confío en ti, Jared.

El deseo lo atrapó. ¡Maldito fuera el momento!

—Sube —le exigió, señalando el vehículo—. Te llevaré a casa —terminó con voz más suave.

Entró ella e hizo él una seña al conductor del coche de la editorial: requería de un paseo de diez minutos antes de que el coche se detuviera.

Ya dentro, golpeó el techo y se pusieron en marcha.

—Necesito besarte —le confesó sin preámbulos, la voz ronca—: Lo necesito tanto que siento que me estoy ahogando. Si quieres, puedo pedir al cochero que se detenga y apearme, te llevará a casa. Pero si no…

Dejó de hablar y se acercó a ella. Pero Edith sentía esa misma necesidad. Después de todo lo que habían hablado y lo que habían tenido que callar, quería un beso, quería sellar de algún modo aquella relación y dejar atrás cualquier resquicio de duda sobre lo que tenían.

Así que se mantuvo quieta a pesar de que su cuerpo temblaba, fruto del desconocimiento y la impaciencia, a la espera de que Jared cerrase la distancia que los separaba y la alcanzase. Fue una caricia tierna, apenas un roce de labio con labio. Edith cerró los ojos y presionó contra su boca, deseosa de notar su cercanía, de sentirlo suyo. Rendido, Jared abrió apenas los labios y profundizó el beso, cubriéndole la boca por completo, tomando de ella primero el labio inferior y el superior después, sorbiendo apenas. La joven se abrió a él, repitiendo sus caricias. Contuvo el caballero la respiración al sentir como la lengua de la joven se acercaba a la suya con tiento.

Estaba seguro de que nunca la habían besado; saber que era capaz de despertar la pasión en ella hasta el punto de lograr que se desinhibiera lo excitó. La abrazó con fuerza y la besó sin tapujos, una caricia húmeda llena de sensualidad. Edith se dejó conquistar, superada por la experiencia de Jared, tomando aire a resuellos, las manos en los hombros de su amado, extasiada con su complexión ancha.

El carruaje se detuvo de repente, sacándolos a ambos de la telaraña de pasión en la que se hallaban inmersos. Abrió Edith los ojos y se perdió en la verde mirada de Jared. Si creía estar ya enamorada, en ese momento supo que lo amaría siempre.

—Eres tan hermosa —le susurró, acariciándole los labios con el dedo pulgar —. Eres perfecta —murmuró con la voz agravada por la pasión.

Le dio un ligero beso y abrió la portezuela, ayudándola a bajar después. No podían estar detenidos dentro de coche y delante de la mansión de los marqueses de Woodward sin ningún motivo.

—Te buscaré esta noche —le prometió.

—Me encontrarás en el teatro —le dijo ella, sonriente.

Le hizo una pequeña reverencia y comenzó a subir los escalones hasta su casa. Al llegar al descansillo se volvió: seguía allí, mirándola. Feliz, alcanzó la puerta y saludó al mayordomo.

Corrió a su dormitorio. Necesitaba reír, canturrear y dar saltitos y, para eso, tenía que huir de su hermano Richard, o sabría qué acababa de ocurrir e iría a buscar a Jared Morrington para arrastrarle hasta su casa para que hablara con su padre… o peor, para golpearle.

Capítulo 6

Aquella noche, en el teatro, Jared se acercó al palco a saludar a los Cramwell y conoció a lord Julian, el marqués y padre de Edith: el hombre a quien tendría que pedirle la mano de su hija.

A esa velada siguieron otras en las que coincidieron, bailaron y pasaron tiempo paseando por los márgenes de los salones, del brazo, charlando, o saliendo a las terrazas si la climatología era clemente. Muchos miembros de la alta sociedad habían notado la generosa presencia de lord Morrington en los salones de la ciudad y su claro acercamiento a la hija menor de los Woodward. Los libros de apuestas ardían preguntándose si aceptaría la beldad de la temporada a un hombre de negocios de buena familia pero sin título.

Jared dividía su tiempo entre su despacho y las fiestas, pasando por casa solo para cambiarse de ropa.

Estaba hojeando por encima el folletín de un nuevo autor cuando la puerta se abrió y Penelope entró sin avisar. Paul la siguió al interior de la oficina del editor y dueño.

—Señor, lady Penelope desea hablar con usted —anunció, irónico.

—Algún día conseguirás anunciarme antes de que entre, Paul.

—Algún día te comportarás como la dama que eres, Penny.

Sonrió Jared. Su secretario y su editora mantenían una relación beligerante. Se respetaban y se tenían mutuo afecto, pero parecían dos estudiantes de Eton, haciéndose rabiar a la menor ocasión. Había creído durante años que había algo más entre ellos, pero Paul se había casado la primavera anterior y la relación

entre aquellos dos jóvenes no había cambiado, por lo que desechó la idea. Aun así, le divertía mucho verlos juntos.

—Gracias, Paul. Hablaré con ella.

Se fue su secretario y Penny sonrió.

—Buenos días, jefe.

—Soy tu jefe cuando te conviene —le respondió, volviendo la vista a la novela que estaba leyendo—. Así que dime cuanto antes qué es lo que quieres.

—Escribir sobre los avances del tercer hijo del conde de Morrington con…

—Es decir, sobre mí…

—Con —continuó ella, ignorándole— la hija menor de…

—Lady Edith Cramwell.

—No lo niegas, por lo que entiendo.

—No quiero que escribas al respecto —advirtió tajante.

Lo cierto era que no necesitaba explicarle más. Penny era su mejor amiga, sabía que era la primera vez desde que comenzara él a trabajar que dedicaba tanto esfuerzo a la vertiente personal de su existencia como a la profesional, lo que era un signo claro de la importancia que Edith tenía en su vida.

—Seremos criticados si no hablamos del tema más candente de la pequeña temporada, Jared. Estás en boca de toda la nobleza. No quiero que se ponga en duda la independencia de *French Fashion*. Nos ha costado mucho…

—Te ha costado —la corrigió—, el éxito de la revista es mérito tuyo. Pero no puedo dejarte escribir nada sobre nosotros dos. —Suspiró. Depositó sobre la mesa la hoja que estaba leyendo y la miró directamente a los ojos. Confiaría su propia vida a aquella mujer; como había hecho ella con él—. Penelope, no puedo declararme a Edith mientras su madre esté en Boston; para ella, la aceptación de la marquesa es tan importante como la de lord Julian. Tengo que esperar, por más frustrante que me resulte. No quiero que piense que he perdido interés, de ahí que últimamente apenas duerma, pero no puedo adelantar nada. Si lo publicamos nosotros, si es mi editorial quien cuenta que yo la pretendo, tendré que precipitar la pedida de mano y no deseo hacerlo.

Asintió Penny y solo dijo:

—Me gusta esa chica.

Tampoco ella necesitaba decirle más a él.

A pesar de tener solo veintidós años, la vida de Penelope había sido muy complicada, tanto que a veces sentía que había superado ya la treintena, de ahí que llamase chica a una señorita solo tres años más joven que ella.

—Edith te admira y, de hecho, me pidió conocerte. Tengo que confesarte, por cierto, que sabe tu nombre y que eres una dama. Lo siento.

Se encogió de hombros la periodista; era una mujer práctica, aquello ya no podía evitarse ni echar el tiempo atrás, solo prever las consecuencias y tratar de adelantarse a ellas.

—¿Confías en tu Edith?

—Ciegamente.

Se sintió más tranquila y se burló de él.

—Será por eso de que el amor es ciego. Solo así se explica que una dama tan bella te haya elegido a ti, que eres tan feo.

Ambos sabían que mentía: lord Jared Morrington era bien conocido —y admirado— por muchas damas debido a su apostura y atractivo. No le habían faltado amantes y era un caballero muy elegible para las familias sin excesivas exigencias, dado que, a pesar de no tener ningún título que heredar, gozaba de una buena fortuna y de gran respetabilidad.

—Si la belleza es requisito para casarse, Penny —contraatacó, aceptando el reto; le gustaba la mente ágil de ella—, entiendo que Paul no te eligiera.

No haría chanza alguna sobre el hecho de que Penelope estuviera soltera, sería injusto y doloroso… sin embargo, bromear sobre Paul parecía adecuado.

—¿Qué haría yo con un hombre como Paul?

Se refería a su fuerza de carácter y a la asertividad del secretario de Jared.

—Por eso contraté a un hombre inteligente.

Dedicaron los siguientes minutos a discutir cómo enfocar el tema del cortejo a Edith sin ser demasiado obvios, a hablar del nuevo autor de novelas que querían publicar. Salió Penelope de la oficina de su jefe de buen humor, le sacó la lengua a Paul, quien negó con la cabeza y nada dijo, y regresó a su pequeña oficina, feliz por su mejor amigo.

Él se quedó en el despacho, pasaría horas allí. Aun así, dedicó algunos minutos a comparar a Edith con Penny. Sí, se dijo, aquellas dos mujeres se harían grandes amigas, lo que sin duda significaría problemas para él. Ambas tenían una mente ágil, un carácter práctico y divertido y la lengua afilada.

Era la razón principal de que amase tanto a lady Edith Cramwell, más allá de la atracción inicial que le provocó su extraordinaria belleza.

Eso, y la pasión en sus besos, admitió.

***

Edith se sentía eufórica. Tras más de dos semanas, Jared continuaba acudiendo a

cada evento con ella, agasajándola. Y buscaban momentos de intimidad en los que compartir besos y alguna caricia. No entendía por qué no se le había declarado todavía, siendo que era obvio para todos que era cuestión de tiempo casarse. No le gustaba despertar comentarios maliciosos en otras personas, pero como se dijera tras aquella primera conversación —y beso—, no precipitaría la situación.

Como muchas noches, coincidieron en el salón de una de las anfitrionas más conocidas de la pequeña temporada. Tras bailar un segundo vals —que puso en guardia a las más cotillas—, Jared se disculpó; había llegado un amigo y quería saludarle. Reconoció Edith al caballero en cuestión y forzó una sonrisa. Era el mismo tipo con el que lo sorprendió en los jardines de lady Churchill unos meses antes, criticándola, cuando la tildó de bella pero poco inteligente.

Aun sin deber, pidió a Richard que la dispensara de danzar con ella, pues era su siguiente pareja de baile, y que, a cambio, la acompañase a la terraza. A pesar del frío, su hermano la conocía bien e imaginó que alguna razón tendría para querer hacer algo tan extraño en ella, así que la consintió.

No habiendo nadie a la vista, Edith le pidió bajar al jardín. Richard torció el gesto, se quitó el chaqué, la envolvió en la prenda, asegurándose de que no se enfriase, y la invitó a guiarle. Agradecida, le pidió silencio y caminaron despacio por los senderos hasta escuchar las voces de aquellos a quienes buscaba. Bensters no era ningún tonto y reconoció enseguida la voz de lord Morrington. Se volvió a Edith, acusador.

—No deberías hacer esto, Edith —le susurró su hermano, molesto.

—Lo sé, pero quiero darme el gusto de escuchar a Jared rectificar…

Y se puso el dedo índice en los labios, pidiendo que callara. Pronto distinguieron sus frases. Sonreía la joven, a la espera de escuchar una declaración a escondidas, aun sin saber Jared que podría escucharle, segura de que estarían hablando de ella.

—Te dije que acabarías cayendo a sus pies —se mofaba la voz desconocida—. La tildaste de ser guapa pero sin cerebro y ahora vas a casarte con ella. Creo que tendrás que pedirme que sea tu padrino, Jared.

—Deja el tema, John, por favor —respondió el aludido, claramente molesto.

Se escuchó una carcajada, sin duda del tal John.

—No hasta que te retractes. Cuando te dije que para mí era una diosa te burlaste. Es mi turno ahora, aunque sea la envidia la que me haga criticarte.

Lord Morrington contestó de malos modos:

—No seas iluso: sigo pensando lo mismo. Pero si quiero acceder a la dirección del *Gazette* necesito toda la ayuda posible, y la familia del marqués es

poderosa y no solo en el mundo editorial. Lo mismo ocurre con sus amigos: el duque de Stanfort podría decidir mi futuro y no se lo negaría al prometido de lady Edith Cramwell…

—¿Te casarás con ella por conseguir un puesto?

En favor de su amigo, había que decir que se le escuchaba soliviantado.

—¿Quién ha hablado de matrimonio? —respondió de malos modos.

Fue Edith la que tuvo que tapar la boca de su hermano para evitar que escuchasen los otros el insulto y detenerlo después. Richard deseaba saltar contra Morrington y partirle la cara. Tiró la muchacha de él hasta sacarlo de los jardines, subiendo a la terraza de nuevo y regresando al salón. Obligándose a mantener la compostura, ambos Cramwell se despidieron de los anfitriones y se marcharon de la mansión. Ya en el carruaje, Richard comenzó una sarta de maldiciones e insultos.

—No digas nada, por favor —le rogó ella—. No quiero hablar de esto, hagamos como que no ha ocurrido.

La súplica en la voz de la joven partió el corazón del conde.

—Se hará como tú quieras, Edith. Pero cuando estés calmada y el asunto aclarado, lo llamaré al ring y te garantizo que dejará de engañar a ninguna otra dama con su cara bonita, porque voy a deformársela entera.

Asintió, agradecida por el lapso que le daba. Necesitaba tiempo, espacio y calma para recuperarse. Sobre todo, espacio.

Se pondría enferma, si no de verdad, lo simularía. No quería salir en una semana, al menos, tan estúpida y humillada se sentía.

Derrotada, se acostó. Cuando se durmió, todavía lloraba.

Capítulo 7

—Por todos los diablos.

Penny alzó la cabeza al escuchar la palabrota. Su jefe era un caballero, por más confianza que pudieran tener, jamás había dicho un exabrupto estando ella presente.

—¿Jared? —inquirió, preocupada.

Acababa de llegar una nota para él. No sabía Penelope quién la enviaba, pero era obvio que eran malas noticias, de ahí que preguntase, preocupada.

—Olvídalo —respondió sin mirarla, poniéndose la chaqueta—. Dile a Paul que no regresaré hasta mañana.

Aún no eran las tres y media de la tarde, lo que preocupó muchísimo a su amiga. No dijo más; lo que fuera que turbaba tanto a su editor, antes o después lo compartiría. Esperaba que lady Edith no hubiera empeorado. Por lo que había escuchado —era, a fin de cuentas, su labor saber lo que ocurría en la nobleza—, llevaba indispuesta varios días. Jared restaba importancia a su enfermedad, pero se le veía muy inquieto.

Lo que no podía saber Penny era que había enviado un par de ramos de flores a la casa de la dama y que estos habían sido devueltos. Sin entender qué ocurría, Jared envió esa mañana una nota a la mansión de los Cramwell en Grosvenor Street y, para su desconcierto, esta le había sido devuelta sin abrir y sin ninguna explicación.

Enfadado, había decidido afrontar la situación. Si Edith había cambiado de opinión lo respetaría, pero merecía mucho más que el silencio. Cuando llegó a la

residencia de los Woodward el mayordomo le dijo que milady estaba indispuesta. A punto estuvo de preguntar por el marqués, pero no podía pedir ningún esclarecimiento a un hombre al que no había pedido permiso para cortejar a su hija. Satisfecho, halló una solución intermedia.

—¿El conde de Bensters está en la casa? —quiso saber.

Negó de nuevo el criado.

—Milord se fue esta mañana a su club y no ha regresado.

Asintió, dio las gracias y puso su tílburi rumbo a Saint James's. Aparcó en la puerta, entregó las riendas de tiro de bayos a un lacayo y entró. A pesar de ser el tercer hijo de un conde, se había ganado el derecho a ser socio un par de años antes, por lo que no necesitaba de la invitación de nadie para acceder.

Entró en el salón principal y encontró allí a lord Richard. Este lo reconoció y amagó una expresión de rabia. Se acercó con calma, saludó al grupo de caballeros con los que hablaba y le pidió tomarse con él una copa de brandi, pero en otra mesa. Se levantó en conde sonriente.

—¿Qué tal mientras jugamos una partida de billar?

—Perfecto.

A Jared le importaba bien poco hacer carambolas con las bolas rojas, solo necesitaba aclarar aquella situación. Entró primero, Richard lo hizo detrás; escuchó cómo el otro cerraba las puertas y se volvió a encararlo. Fue incapaz de esquivar el puño que golpeó en su costado, haciendo que se doblase de dolor. Recibió después un golpe con idéntica fuerza en la parte alta de la cabeza y por último una patada en la pantorrilla que lo derribó, quedando desparramado sobre el suelo.

Lo había pillado desprevenido, no era un mal púgil, pero reconoció que aquel hombre tranquilo, recién salido de la universidad y que debería de estar viajando por Europa, tenía fuerza y sabía cómo atestar un buen *uppercut*.

—Dé gracias a mi hermana, que me ha pedido que no le destroce la cara. Si de mí dependiera, le rompería la nariz y el mentón, para que dejase usted de engañar de una vez a las damas con su apostura y vieran al malnacido que hay tras la sonrisa.

Se quedó sentado, apoyado en la puerta, la mano en las costillas, comprobando que ninguna estuviera rota. Todavía le costaba respirar. Habló con voz trabajosa:

—No sé de qué está hablando.

Bensters se puso en cuclillas para poner ambos rostros a la misma altura. Sería sencillo empujarle y forzar su caída; sería, también, un movimiento infantil y estúpido. Aquel caballero parecía pedir a gritos un pretexto para partirle la

cara, literalmente por lo que acababa de explicarle.

—No sé de qué me estás hablando —repitió, tuteándolo esa vez.

Acababa de recibir tres golpes, se había ganado el derecho.

—De tu ambición por dirigir el *London Gazettte* y de cómo engatusar a mi hermana puede ganarte el favor de mi padre o, más aún, de mi tío James.

Se refería a lord James Saint-Jones, el duque de Stanfort.

—Por todos los diablos —repitió la misma palabrota que media hora antes en su oficina, aunque esa vez sonara más aliviado.

Se puso en pie y ofreció la mano al conde, quien la aceptó para levantarse, también.

—¿Por todos los diablos? —lo imitó este—. Eso debería decirlo yo. Mi hermana me pidió que te siguiéramos hasta los jardines. La regañé, pero me dijo que había una buena razón para ello. Con Edith, después de todo, siempre hay un motivo de peso detrás, es inteligente, por más que puedas pensar lo contrario. Si querías el patrocinio de mi familia solo tenías que pedirlo, imbécil: mis padres te respetan. —Lo miró fijamente Richard y torció la sonrisa—. Es más, dado que no saben de lo ocurrido, te propongo lo siguiente: te garantizo el apoyo suficiente para adquirir las acciones del periódico y, a cambio, no volverás a acercarte a mi hermana. A ninguna de ellas —terminó especificando, aun sin necesidad. Era obvio que era a Edith a quien había agraviado.

—Necesito ese brandi. ¿Quieres uno? —Jared vio asentir al conde y preparó dos vasos más llenos de lo acostumbrado. Le entregó uno y dio un largo sorbo al otro—. Si tengo que escoger, sin duda prefiero a Edith; ya elegiré otro periódico más adelante.

Bensters chasqueó la lengua.

—Mala elección: acabas de perder tu oportunidad de dirigir uno de los grades diarios del país y mi hermana no quiere saber nada de ti. Eres un perdedor, Jared.

Con una sonrisa diabólica, Richard brindó al aire y bebió, también un trago largo.

—¿Qué se suponía que debía de responder a John cuando me preguntó por mis intenciones con tu hermana? —atacó Jared con seriedad.

El conde pareció pensarlo.

—Podría decirte qué no debiste decir.

—No necesito que me ilumines en algo tan básico. Por favor, dado que pareces un caballero inteligente… ¿Qué debí responder?

—Que ibas a pedirle matrimonio.

La respuesta de Bensters era una mezcla de superioridad y rabia.

—¿Sin hablarlo antes con tu padre? —Se defendió—. ¿O con Edith?

—Has tenido dos semanas para hacerlo. Si no has sido capaz de encontrar el valor…

—¿Estando tu madre en Boston?

Iba el más joven a responder, pero calló, entendiendo la lógica de Jared.

—Entonces, no debiste decir que estabas aprovechándote de ella.

—Lord John Craven es un caballero, jamás le iría a nadie con el cuento. Tras prometerme a Edith, con su consentimiento y el beneplácito de los marqueses de Woodward, de ambos —remarcó— le hubiera explicado mi respuesta.

—Debiste buscar otra respuesta —se empecinó Richard.

—No debisteis seguirme. O debisteis darme la oportunidad de explicarme. —Vio cómo el conde apuraba su copa y regresaba a la licorera. Tomó de camino su vaso, apoyado sobre la mesa de tapete verde, y lo rellenó también—. ¿Crees que un hombre puede mantenerse cerca de tu hermana pequeña y no enamorarse de ella? No de la beldad de la temporada, sino de Edith, la joven de respuestas ágiles, ácido sarcasmo y mente inquieta. De la mujer que se preocupa por los demás y que es considerada y generosa. ¿Crees que es posible? Porque de ser así, entonces me estás llamando necio.

Hubo algo en su voz, la mezcla de enfado y desesperación, de orgullo y rabia, que lo convencieron. No había un ápice de culpabilidad o inseguridad en su tono. Y si en verdad sabía que su hermana no era una damita dócil, entonces tenía que amarla. Era imposible no enmararse de la auténtica Edith, tanto como no hacerlo de la verdadera May.

—Será mejor que vayamos a mi casa. Eso sí, será tarea tuya convencerla. Y solo te daré acceso a ella si prometes no contarle que te he golpeado.

A su pesar, rio

—Acabémonos el brandi, algo me dice que vamos a necesitarlo.

Brindaron en silencio, salieron de la sala y del club y, sobre el tílburi, regresaron a Grosvenor Street.

***

Edith estaba en su dormitorio, libro en mano. Había pasado allí los últimos siete días, rodeada de novelas, nutriéndose de historias que la llevaban a otros lugares para eludir la realidad que tanto le dolía. Había sido engañada de la manera más cruel y la culpa era suya por creer en Jared. Ya le había escuchado rechazarla en

una ocasión de forma tajante y, sin embargo, había preferido creer que todo había sido un malentendido para, meses después, escuchar de nuevo las mismas palabras en un escenario similar y con los mismos actores. Era como ver una y otra vez la misma obra de teatro, una especie de «Romeo y Julieta» llena de traiciones.

Se sentía estúpida y vanidosa. Y humillada, aunque no supiera bien si la fuente de su vergüenza era Jared o ella misma y su engreimiento, el que, al parecer, le había hecho ignorar la verdad. Nunca debió cambiar de opinión sobre él. Había escrito a May hablándole de un hombre rudo y lo había tachado de grosero cuando se negó a recoger su bonete en Hyde Park aquel día de viento. Y de repente ¿se volvía encantador?, ¿solo porque ella le gritaba? No, eso únicamente ocurría en los folletines y las historias de Austen y Dickens, no en la alta sociedad londinense.

Había sido una ilusa.

Unos ruidos en el pasillo la hicieron coger el libro con más fuerza. Lord Julian —su padre— llevaba días preocupado por su actitud triste y había acudido en un par de ocasiones a su alcoba a hablar con ella, tratando de sustituir a su esposa, quien solía mantener largas conversaciones con sus hijas en sus cuartos, con una tetera, una tarta de manzana y mucha paciencia.

Se percató entonces de que era, sin embargo, la voz de Richard la que escuchaba. Y no iba solo. Estupendo, se dijo, tendría que ver a su padre y a su hermano en un intento de rescate masculino. Al menos sería divertido, se consoló.

En cambio, cuando la puerta se abrió tras un discreto golpecito, no era la figura de lord Julian la que acompañaba a Bensters, sino la de Jared Morrington. Como si todo el dolor que sentía se le concentrase en la garganta, sintió una fuerte congoja y la frustrante incapacidad de decir nada.

Pero su padre, el marqués, acudió sin saberlo en su rescate.

—¿Se puede saber qué diablos haces en la puerta de la alcoba de tu hermana con un caballero, Richard? ¿Acaso vas borracho? —Se acercó a su hijo para sorprenderse más aún—. Hueles a brandi. ¿Has bebido?

No pretendía ignorar que Richard hubiera llegado a casa beodo en alguna ocasión, pero era un joven responsable y con un sentido de la familia exacerbado, era extraño verlo festejar con un amigo en casa estando Edith triste; y más aún que subiera a ese desconocido a la alcoba de su hermana.

Increparía también al tipo en cuestión, sin importarle quién fuera. Uno de los dos debía mostrar algo de decoro. ¿O acaso el caballero alto que acompañaba a su hijo se había excedido también con el alcohol?

Pero el conde se adelantó a su progenitor, presentándolos. De nuevo.

—Padre, diría que ya conoces a lord Jared Morrington, ¿no es cierto?

Si Jared se había puesto alerta tras los golpes del conde en White's, la mirada del marqués lo asustó de veras. Había un deje asesino en sus pupilas.

—Desde luego —dijo con voz suave el marqués; demasiado suave—. Ha estado cerca de tu hermana por algunas semanas. ¿O no es cierto? —repitió con ironía el mismo final de frase que su hijo había pronunciado momentos antes.

—Milord —respondió, presto.

Julian se acercó, resultando intimidante.

—Lord Jared, ¿tendría la amabilidad de explicarme qué hace en el ala privada de mi casa y, más concretamente, en la puerta del dormitorio de mi hija?

Richard se puso en medio de los dos, mediador; Morrington le reconoció el valor de intentar detener a un padre agraviado.

—Viene a hablar con Edith, tienen una conversación pendiente desde hace días. Ha habido un malentendido que tienen que solucionar, pero dado que ella se niega a salir de su dormitorio he pensado que podría ayudar si…

—¿Dejándole entrar en mi alcoba? —gritó Edith, sintiéndose traicionada.

El conde la ignoró.

—Padre, deberíamos bajar a tomarnos un brandi. Vas a tener que confiar en mí.

El marqués miró fijamente a su hijo y después a Edith. Asintió. Richard jamás pondría en peligro la reputación de sus hermanas. Si aquel hombre estaba allí, implicaba que había un acuerdo que él desconocía por alguna razón, una que tendría que ser explicada después, y muy convincente también.

—Edith, tira del cordón si necesitas que subamos —fue todo lo que dijo Julian, apartándose.

—Y bajad en cuanto acabéis de hablar —advirtió Bensters, serio.

Padre e hijo se encaminaron por el corredor.

—Si tu madre se entera y pide mi cabeza, le ofreceré la tuya. Creo que es mejor que asesine al futuro marqués que a quien ya ostenta el título. Es más práctico.

—Si mamá intenta matarme, dejaremos que May se ofrezca en sacrificio cual Vesta, ya que se niega a casarse y garantizar herederos a esta familia. En fin, mejor tomemos ese brandi y olvidémonos de tus hijas. ¿Entiendes ahora por qué prefiero no casarme? Podría ocurrir que mi descendencia se pareciera a tus hijas, con lo que me vería obligado a…

Y desaparecieron ambos por las escaleras, apagándose sus voces.

Jared no podía creerse la escena que estaba viviendo. ¿Qué caballero dejaba

a un hombre a solas con su hija en la puerta de su dormitorio?

Como fuera, de allí saldría prometido con ella o muerto, lo que era una gran ventaja, pues daba por sentado que Edith aún le tenía en estima suficiente como para no pedir su cabeza, como parecían hacer en aquella familia. Sonrió al darse cuenta. Richard había hecho creer a lord Julian que el compromiso era un hecho, bendito fuera.

—¿Bien? —inquirió Edith—. Si no vas a entrar, márchate. Estoy leyendo.

Y volvió a bajar la vista hacia su novela, aunque fuera incapaz de leer una sola palabra.

Aprovechando el permiso que le daban, Jared entró y cerró la puerta. Tomó el enorme sillón de una esquina y lo acercó a la cabecera de la cama mientras ella lo ignoraba. Se sentó a su lado, tomó aire y se dispuso a declararse. Después de todo, a eso había ido hasta allí, ¿no era cierto?

Capítulo 8

Cuando se acomodó compuso una sonrisa infantil de éxito, un gesto ridículo que murió en cuanto Edith alzó la vista para mirarle. Había una determinación amenazante en sus ojos idéntica a la de su padre minutos antes, algo que lo puso alerta y le preocupó a partes iguales.

—Enhorabuena —le dijo con voz suave—: acabas de firmar tu sentencia de muerte. Mi padre no te dejará salir de la casa si no es prometido conmigo o muerto; y la respuesta es no.

Reconoció el mismo tono que habían utilizado antes el marqués y el conde para hablarle. ¿Sería su hermana mayor igual de amenazante?

—Me gustaría saber si lady May…

—¿Le pedirías matrimonio a ella para salir de este embrollo? Puedes intentarlo, pero pregunta mejor a tu hermano mayor antes, no eres el primer Morrington que intenta casarse con un Cramwell y fracasa.

Silbó, admirado.

—Creí que me casaría con una mujer de carácter, pero eres una autentica guerrera.

—Y yo que me casaría con un hombre inteligente y aquí me ves, decepcionada y soltera.

Edith volvió a abrir el libro. Hasta ahí llegaban sus bravuconadas. Verlo por sorpresa le había removido muchísimos sentimientos, ninguno de ellos agradable. Prefería callar y esperar a que se marchase. O a echarlo ella. Solo tenía que llamar a su familia y lo sacarían de allí… prefirió no pensar de qué modo.

Ante su obviedad, Jared pasó al ataque.

—Sé que oíste mi conversación con John en los jardines la semana pasada. —Silencio—. Que es la misma que escuchaste en abril. —Más silencio—. No deberías espiar conversaciones ajenas, seguro que te lo enseñaron de niña —la regañó en tono travieso, esperando que así replicase.

Pero fracasó: siguió callada.

Suspiró. No sabía cuánto tiempo tendría en su dormitorio, pero era obvio que no sería infinito. El marqués no lo mataría, pero dada la seguridad de Edith, parecía posible que no forzase un enlace, y eso implicaba que lo exiliaría del país de un modo u otro. Cuando dijo que los Woodward eran poderosos no bromeaba, y no quería averiguar cuánto. Probó otra táctica.

—Te amo.

Lo dijo con seriedad y, aun así, se filtró el sentimiento en su voz.

Edith alzó la vista, espantada.

—Te amo —repitió con voz más suave.

Los ojos de la joven se volvieron tristes.

—Jared, si lo que quieres es el periódico, no es problema. Tienes dinero suficiente para adquirirlo y también el apoyo de los dueños. No requieres de mi familia. Y si quieres la garantía de que podrás escribir lo que quieras, mi padre puede ofrecértela, aunque no creo que sea necesario. No te cederían el asiento de director si no les gustase tu línea editorial.

Fue él quien la miró con fijeza.

—Parece que sabes mucho.

Era cierto, Edith había escuchado desde niña acerca del funcionamiento de la prensa. Era el sueño frustrado de su madre: un periódico femenino. Quizá May lo cumpliese…

—Has perdido a una buena candidata a ayudante de Penny —dijo en voz baja.

De veras le hubiera gustado trabajar con aquella dama desconocida.

—Es cierto: tengo el dinero y las influencias necesarias para conseguir el *Gazettte* a mi manera. —Recibió una mirada engreída a cambio—. Así que, si tanto sabes, dime entonces por qué habría de casarme contigo.

Abrió la boca para responder, pero calló, sin que la respuesta correcta llegara a su boca. ¿Para qué querría el respaldo de los Woodward, los Westin o los Stanfort, entonces?

—¿Influencia?

Rio Jared por lo bajo.

—¿Crees que me importa?

Negó despacio con la cabeza la joven. No parecía un caballero preocupado por un futuro lejos de los pares.

—¿Desviar la atención de todos hacia tu vida personal y evitar presiones sobre la profesional?

Alzó las cejas.

—Maquiavelo parece un niño a tu lado, y lo digo como algo bueno. No se me ocurrió hacer algo así y me hubiera evitado semanas de charlas doctrinales en mi club.

A su pesar, Edith sonrió. Tomar el mando de un diario como aquel influenciaría a ambas bancadas del Parlamento y afectaría también a los ingleses tradicionales que querían que sus diarios fueran fieles a la monarquía y a las instituciones establecidas. Y que mantuviesen a la burguesía alejada, también.

La sonrisa aligeró el temor de Jared. Edith era inteligente, se había dado cuenta de que lo que le dijera a John era una patraña, así que lo intentó de nuevo, esa vez acercándose a ella y sosteniéndole la mirada: que viera en sus ojos la verdad de sus palabras.

—Te amo, Edith.

Ella quiso creerle. Sería tan sencillo dejarse llevar…

—Tuviste tiempo y oportunidades para declararte, Jared.

Campanas del infierno. ¿Es que era el único que quería que la marquesa estuviera también presente cuando lo hiciera? Quizá había errado al esperarla. Así lo dijo:

—Creía que tu madre era importante para ti. *Sé* que lo es —rectificó—. Así que pensé que preferirías esperar a que estuviera ella en la ciudad. Solo faltaban tres semanas; dos ahora. No contaba con que mi amigo John se quedaría en Londres a las sesiones, jamás se ha interesado por la política, prefiere meterse en la vida de los demás. Al menos es un caballero —se consoló— y jamás repetirá lo que dije. Como tampoco lo hizo en primavera.

Edith no escuchaba ya. Era cierto: le hubiera dolido no poder decírselo a su madre al instante siguiente. Aun así…

—Te agradezco que la esperases.

Su voz no decía lo mismo.

—No parece que me creas.

—Debiste decírmelo esa noche. Sí, yo no debí escuchar. Aun así, hubiera sido preferible callar a tu amigo y decirme la verdad a hacerme sentir humillada.

Reflexionó él durante un rato.

—Lo siento. Y siento presionarte, Edith, peo esta es la última oportunidad que vamos a tener para hablar y no sé cuánto tiempo más podremos estar a solas.

Necesito que entiendas que…

—Nadie cruzará el umbral de esa puerta mientras no la abra yo o grite.

Alzó las cejas, asombrado.

—¿En serio?

—Mi reputación ya se ha arruinado, Jared. Nos dejarán tranquilos hasta que lleguemos a un acuerdo o, como te digo, grite. Si lo hago, vendrán a matarte.

Sintió que la amenaza iba muy en serio.

Callaron un rato.

—Puedo renunciar al *Gazette*, Edith. Así John me tomará en serio cuando le diga que mentía al decir lo que dije, que solo estaba esperando el momento adecuado para…

—¿Renunciarías a dirigirlo por mí?

La miró con seriedad.

—Tú eres lo único a lo que no puedo renunciar, Edith.

El corazón de la joven comenzó a derretirse.

—Jared…

Pero no sabía qué responder.

—Cuando te conocí en la temporada me cautivaste. Pero, como todos decían, eras la candidata perfecta para un príncipe y yo soy el hijo de un conde, sí, pero, sobre todo, soy un hombre de negocios que no se avergüenza de quién es. Preferí mantenerme alejado de ti. Si no hubiera sido necesario alternar en sociedad para afianzar mi reputación, me hubiera encerrado en mi despacho hasta que te casaras. Sin embargo, ahí estaba yo, viéndote en todas partes bailar y sonreír a otros hombres. No quería conocerte, no quería averiguar qué clase de mujer eras porque, sin duda, me hubiera enamorado de ti igualmente. —Siguió hablando, mas ya no se declaraba, parecía más bien estar perdido en sus propios pensamientos—. Siempre creí que, si encontraba una mujer con la que casarme, tendría que ser una pusilánime que aceptase mis horarios sin quejarse. En cambio, encontré a una dama que quiere involucrarse en lo que hago. Estuve perdido desde el principio —cayó en la cuenta—: te hubiera amado de cualquier forma.

—Jared —lo llamó esa vez.

Alzó la vista él, mirándola. No había seguridad en su mirada. Parecía que estuviera, como acababa de decir, perdido.

Lo agarró de las solapas y lo acercó a su rostro para besarle como le había enseñado, con la pasión y el amor que habían estado compartiendo a ratitos en cada cita. Lo besó para decirle sin palabras cuánto lo amaba. Ya no le importaba su afrenta ni que su madre no hubiera regresado; ni siquiera temía que aquello

fuera una actuación: lo amaba y haría que la amase del mismo modo. Tenía toda una vida para ello.

En cuanto lo asaltó se dejó llevar, devolviéndole el beso, hambriento, tras una semana de carestía que le había sabido a un año entero.

Antes de que pudiera darse cuenta estaba sobre ella, en la cama, devorando su piel. Le acariciaba el cabello, suelta la trenza que llevara, le besaba los hombros, las clavículas, bajaba los dedos a los botones del vestido para regresar a sus mejillas… Era como un mendigo al que hubieran regalado un festín: no tenía suficiente de nada.

Impaciente, Edith tiró de su chaqueta. Hacía tanto tiempo que deseaba sentir su piel… Metió la mano por debajo de su camisa y lo escuchó gemir contra su escote, donde su boca la agasajaba. Subió las manos por su ancha espalda, pero el chaleco no le permitía llegar a los hombros. Impaciente, lo apartó de su cuerpo y se incorporó, obligándolo a hacer lo mismo. Cegada de pasión, comenzó a desabrochar botones a una velocidad pasmosa.

Tanta, que a Jared le costó entender que le estaba desnudando.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —le dijo, espantado—. No podemos hacer esto. —La apartó. De nuevo, volvió a ver aquella mirada llena de determinación—. Edith, si gritas, entrarán.

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Por qué habría yo de gritar?

Compuso él un gesto lobuno.

—Créeme, cuando ocurra, te daré placer hasta hacerte gritar. —Saltó de la cama, aprovechando su desconcierto, y recompuso sus ropas—: Vístete, Edith. Será mejor que bajemos y le digamos a tu familia que nos casaremos en cinco semanas.

Lo miró, sarcástica.

—¿Cómo dices?

—Tu madre llega en dos semanas, ese día lo anunciaremos y publicaremos las amonestaciones. Y tres semanas después podremos casarnos y serás mía para siempre.

Le fastidió el tono lógico con el que hablaba, exento de emoción. Se levantó también ella y fue a sentarse frente a la consola con el enorme espejo. Adecentó su aspecto y se volvió a él, quien la esperaba, paciente.

—En primer lugar, tú serás mío; si alguien va a pertenecer a alguien, ese serás tú. Y, en segundo lugar —le miró con vanidad—, todavía no te he dicho que sí. Ni siquiera me lo has pedido.

—¿Crees que me dejarán irme sin un compromiso?

Se refería a su padre y a su hermano. Edith se cruzó de brazos, empeñada.

—¿Crees que te dejaré salir de aquí si no me lo pides?

Rio él.

—¿Pretendes forzarme?

Lo miró, traviesa, colocando la mano en el primer botón de su escote.

—Solo tengo que quitarme…

Se arrodilló al momento, riendo.

—Edith, ¿quieres casarte conmigo?

Lo observó, dubitativa.

—¿Porque no quieres verme desnuda?

El gesto de Jared se tornó serio.

—Quiero casarme contigo para desnudarte todas las noches y para besarte cada mañana. Para que me escuches cuando llegue, cansado, del trabajo, y para que me cuentes tú cómo te ha ido con Penelope. Quiero casarme contigo para fundar una familia y vivir feliz y hacerte feliz cada día. Quiero casarme contigo porque te amo.

Edith le tomó la mano, pidiéndole de un pequeño tirón que se levantase.

—Sí —dijo con voz sentida—. Sí y mil veces sí, Jared.

Se envolvieron el uno al otro con fuerza, en un abrazo que duraría siempre.

Epílogo

Cinco semanas más tarde, en la residencia de lord Jared Morrington

Lord y lady Morrington despertaron con el sol ya alto. Habían dormido poco esa noche, una madrugada llena de besos y abrazos, de pasión compartida. Sonrieron al recordar la promesa que se habían hecho: amarse cada noche hasta su última madrugada. Jared tiró del cordón que había detrás de su cama y, poco después, escuchó como llamaban a la puerta. Había avisado antes de acostarse, mientras esperaba a que su recién casada esposa se preparase para su noche de bodas, que a la mañana siguiente dejasen el desayuno en el corredor cuando lo solicitasen. No quería que ningún lacayo entrase y la divisara, pero tampoco que ninguna doncella lo viera a él medio desnudo.

—Deberíamos buscar más personal. Claro que, de ser así, tendremos que comprar una casa mayor —comentó él, pensando en voz alta, al tiempo que entraba una camarera de dos pisos con ruedas llena de ricas viandas, una tetera y una cafetera.

—Me gusta esta casa —replicó Edith—: es pequeña.

Tenía cinco dormitorios principales y tres salones, además de la biblioteca y la zona para el servicio pero, claro, en comparación con la mansión de sus padres o la finca de Durham, era, en efecto, un lugar pequeño para ella.

—En todo caso, debería comenzar a buscar…

—Después de la Navidad estarás dirigiendo un nuevo periódico de tirada nacional con ediciones matutina y vespertina. No vas a tener tiempo de buscar una nueva residencia. Apenas podrás controlar los otros negocios. De hecho,

dudo de que tengas siquiera tiempo para mí.

Él, que estaba sirviendo dos tazas de café, las dejó sobre la mesilla de noche y se sentó en la cama. Bajó la cabeza hasta rozarle los labios y solo entonces respondió.

—Siempre tendré tiempo para ti.

La voz, solemne, la hizo sonrosarse de placer.

—Es mejor que no te comprometas, porque no estoy segura de que yo vaya a tener tiempo para ti, Jared. Penelope va a estar muy ocupada haciendo tu trabajo y yo voy a ayudarla.

Levantó el caballero la mirada hacia el techo, simulando agobio.

—Jamás debí presentaros.

Al fin había conocido Edith a la célebre pero escurridiza señorita Penique y, como sospechara él, se habían caído de maravilla, hasta el punto de hacerle sentir que sobraba solo media hora después e iniciar ellas una charla en la que el editor en jefe no tenía nada que decir ni opinar.

—Creí que le prometiste que ibas a convertirte en la anfitriona de la ciudad.

—Esa es la idea: así podré nutrirla de cotilleos a todas horas y, ¿quién sabe?, quizá escribirlos también, ahora que ella va a dedicarse a artículos en clave político y socioeconómico.

Morrington negó con la cabeza.

—Créeme, Penelope siempre escribirá algo de la crónica social. Ya que no puede vivir dentro de la aristocracia, le gusta controlarla de algún modo. Castigarla, incluso.

—Justicia divina —asintió la dama.

Dio Jared un sorbo a su café y lo dejó en la mesilla una vez más.

—Si vas a desaparecer de la casa y a vivir en mi despacho, entonces creo que también será justo que aproveche estos pocos días de vacaciones para encerrarte en mi dormitorio.

Se sonrojó. A pesar de la noche compartida y de las caricias y mimos a escondidas que se habían prodigado desde que hicieran el amor aquella vez hasta ese día, tras un fastuoso compromiso en cuanto lady April llegó de Boston, todavía no se sentía cómoda hablando abiertamente sobre compartir sus cuerpos.

—¿Estás segura de que no estás enfadada por no poder darte una luna de miel? —le preguntó por enésima vez su esposo, sintiéndose culpable por tener que trabajar tan pronto después de su boda.

—Estoy segura de que encontrarás más adelante la forma de hacer un viaje juntos y a solas —le contestó Edith con una sonrisa, tranquilizando la conciencia de su marido.

Dejó también la tacilla y se acercó a este, abrazándole.

—Quizá no puedas prometerme todo el tiempo en los próximos meses ni una lujosa luna de miel, Jared, pero necesito que me asegures algo.

Había un tinte de preocupación en su voz.

—Lo que me pidas —se comprometió él por adelantado.

—Que no dejarás de amarme nunca. Me harías tanto daño… —terminó, en voz baja.

Jared sonrío, feliz.

—Jamás, mi amor. Jamás.

Y regresó a su lado en la cama para demostrarle con su cuerpo cuánto la adoraba.

Nota de autora

Ni siquiera soy capaz de recordar por qué escribí esta historia en su día. No sé si debió ir a un foro, a una compilación de relatos navideños… no lo sé. Pero cuando la encontré, registrando mi ordenador en busca de un documento que, dicho sea de paso, nunca apareció, di con la historia de Edith y Jared y me regalé diez minutos para leerla.

Sí, diez minutos, no más, pues era un relato de seis páginas. Cómo diablos comprimí una historia en seis páginas sigue siendo un misterio para mí, pero cuando decidí rescatar del olvido a Kit Saint-Jones supe que, antes de la prima Eliza, tenía que revisar a esta pareja. Edith me gustaba, tan diferente a su hermana y tan segura de lo que quería a la vez. Y si para la regencia soy aristocrática y quiero duques, para la época victoriana elijo a hombres hechos a sí mismos (aunque de buena familia, que tengo un deje clasista para los protagonistas).

Así que, con vuestro permiso, me he dado el capricho de dimensionar un poco mejor a este matrimonio que, en las siguientes historias, sigue estando muy enamorado y que, cómo no, ha acabado haciendo que el conde de Bensters cobre protagonismo.

Ojalá la hayáis disfrutado así, cortita pero intensa.

Nos leemos pronto en *Una última caricia*, donde el corazón y la razón van a descubrir que tienen un espacio común (y no, no solo en el dormitorio, bandidas).

Ruth M. Lerga.

Si te ha gustado

Una última madrugada

puedes disfrutar de estas

Cuando el amor

DESPIERTA

NIEVES
HIDALGO
Comprometer a un vizconde
Selecta

NIEVES
HIDALGO
Seducir a
un sinvergüenza
Selecta

NIEVES HIDALGO
Serie Un romance en Londres
EDICIÓN LIMITADA
Rivales de día, amantes de noche
Ódiame de día, ámame de noche
Días de ira, noches de pasión
Lili, la intrépida hija del duque
Alex, la indomita sobrina del conde
Selecta

Zahara C. Ordoñez
La
IRREVOCABLE
RENDICIÓN
de un
DUQUE
— El Azahar 1 —
Selecta

ANA ÁLVAREZ
Cuando sube la marea
Selecta

LIRIOS AZULES
para
PEDIRTE PERDÓN
Ana F. Malory
Selecta

¿Ella una coqueta rompecorazones? ¿Ella una vanidosa cabeza hueca? Jared Morrington debe de ser estúpido si no sabe distinguir la amabilidad del flirteo. Y Edith tonta de remate, dado que ha decidido que quiere casarse con ese estúpido y con ningún otro. Ahora bien, antes hará que ese estirado descubra a qué clase de mujer está ignorando y solo cuando se disculpe decidirá si le da la oportunidad de cortejarla…

El mayor defecto de Edith es su amabilidad; bajo su hermosura se esconde una dama alegre que hace que todos los que están a su alrededor se sientan bien con ella… hasta el punto de que el resto de debutantes no pueden odiarla aun siendo la elegida como la favorita de ese año y los caballeros acaben pidiéndole matrimonio, convencidos de ser especiales para ella.

Para Jared Morrington, lady Edith Cramwell es una coqueta vanidosa que disfruta acaparando la atención de los hombres para romperles el corazón después. Sí, claro que también él ha caído bajo su embrujo, pero no hará el ridículo tratando de cortejar a la hija de los riquísimos marqueses de Woodward

cuando ni siquiera tiene un título para ofrecer, pues es el tercer hijo de un conde. Así que se dedica a admirarla de lejos y a huirle cuando ella se acerca.
Lo que Jared no sabe es que Edith es tan amable como tenaz y que la joven está medio enamorada de él… o lo estaba hasta que descubre en cuán bajo concepto la tiene.

Ruth M. Lerga nació en Sagunto… no hace tanto tiempo. Lectora voraz, pasión inculcada por su madre, comenzó a inventar historias siendo una niña, pero no se animó a escribirlas hasta que una larga convalecencia la obligó a permanecer quieta durante más de dos años.

Como resultado de aquel período surgió la serie de Una noche en Almack's, cuya primera novela, *Cuando el corazón perdona*, fue galardonada con el Premio Vergara.

Disfruta escribiendo Regencia, como demuestra en su última saga, *Los Knightley*, pero también contemporánea, ya sea ambientada en España, con la serie *Enredos con la ley*, o en otros países cuando se esconde tras el seudónimo de *Brandy Manhattan*.

Cuando no está escribiendo o leyendo intenta jugar al ajedrez, hacer fotografía o montar a caballo… hasta que una hora después regresa a por más letras, necesitada de nuevas historias. Solo la separa del teclado su otra gran pasión: sus sobrinas.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: diciembre de 2022

© 2022, Ruth M. lerga
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18724-77-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Nota de la autora: Kit es el diminutivo de Christopher.

[2] N. de la A.: Penny firma sus artículos llamándose a sí misma «La señorita que vale un penique» en referencia a su nombre, pues Penny en inglés significa también aquella barata moneda, y lo cierto que es la escritora no se tiene en gran estima.

Índice

Una última madrugada

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Epílogo
Nota de autora

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Ruth M. Lerga
Créditos
Notas